

Las aventuras de un ex-contador en Tierra del Fuego 1891 - 1892

Edvard Bergström (1933)



Siguiendo los pasos de Don Eduardo

Ingmar Bergström (2006)

Las aventuras de un ex-contador en Tierra del Fuego

1891 - 1892

Edvard Bergström

Recopilación por su sobrino - nieto Ingmar Bergström

Traducción al español por Doro von Ellrichshausen y Verónica Grünfeld

Nota introductoria por su sobrino - nieto Ingmar Bergström

Este relato de Edvard Bergström (1862-1937) de su viaje pionero a Tierra del Fuego durante los años 1891-1892 fue escrito en 1933 en Trosa, Suecia, cuando él tenía alrededor de 70 años, es decir que sus recuerdos de su estadía en Tierra del Fuego fueron documentados 42 años después de ocurridos.

No recuerdo cómo fue que el manuscrito llegó a mis manos, pero es probable que se encontrara entre los papeles y documentos de la sucesión de sus sobrinas Ingrid, Ragnhild y Berith (mis tías). Su relato me cautivó desde el primer momento; me impactaron su lenguaje pintoresco (que recuerda al del escritor sueco Evert Taube), así como el tono humorístico del relato que se sostenía incluso al describir situaciones en las que su vida pendía de un hilo. Pero su narrativa posa serios desafíos para su transcripción. En su antigua máquina de escribir Edvard compuso un texto corrido de 50 páginas, sin subtítulos ni divisiones de ningún tipo. Me he preguntado porqué, dado que el relato consiste en una secuencia de episodios enlazados lógicamente que inmediatamente sugieren la necesidad de subtítulos para transformarlo en el tipo de crónica formal al que estamos acostumbrados. En mi rol de editor y heredero, he tratado de escuchar su voz por detrás del texto, y volcar lo que me vino más naturalmente, buscando hacer justicia a su relato sobre esa región de América del Sur tan poco conocida en su época.

Y durante muchos años también desconocida para mí. Cuando yo era más joven creía que el nombre "Tierra del Fuego" estaba asociada a sus volcanes activos, pero al leer sobre ella aprendí que era por las muchas fogatas de los indios que los audaces exploradores observaron al navegar a lo largo de las costas de estas tierras. Los volcanes activos de Chile se encuentran bastante más lejos, aproximadamente a unas 1.500 millas hacia el norte.

En una primera lectura, alguien sugirió corregir los verbos, pero después de meditarlo un poco he dejado las antiguas formas plurales de los verbos, y también palabras que han caído en desuso. Su forma de puntuación es algo desconcertante para el lector moderno, pero en general he preferido dejarla como en el original. Al principio del relato indica que las millas de que se habla siempre se refieren a millas suecas, pero luego se olvida que ya hizo esta salvedad y vuelve a escribir millas suecas repetidamente. También sigue reglas gramaticales hoy arcaicas, pero que ayudan a ubicarlo en su propia época.

Edvard es consciente en todo momento de que en general es un pionero por donde viaja. De hecho recorrió Tierra del Fuego unos años antes de Nordenskjöld. Pero otorga una prioridad silenciosa a los indios y dice repetidamente: "...por donde nunca haya

incursionado un hombre blanco antes que yo".

No cabe ninguna duda de que él ya era un buen cazador desde mucho antes de su viaje, en los bosques de Finnhyttan cerca de Filipstad y en los lagos y lagunas cercanas. Esta habilidad queda nuevamente demostrada en Tierra del Fuego donde caza gansos usando su rifle de Husqvarna, repetidamente acertando el blanco a una distancia de 200 metros. Durante de su estadía de un año en la región caza no menos que 42 guanacos y así hace un importante aporte a la despensa del flamante destacamento policial.

Pero en todo momento se evidencia su sentido de respeto a la naturaleza, a la región y a sus habitantes. Varias veces, la belleza del entorno pastoral lo hace desistir de usar sus armas de fuego a pesar que las presas están a su alcance.

En otra ocasión, durante una caza de guanacos, fue atacado por indios Onas, quienes le dispararon con flechas amenazándole de muerte. Edvard, en vez de dispararles al pecho, apuntó – y dio en el blanco – a las manos de sus atacantes.

En sus incursiones por regiones inexploradas a menudo omite las más elementales precauciones. Repetidamente se aleja de sus compañeros y hace salidas solitarias de reconocimiento sin pensar en los riesgos: una caída, una fractura, ser atacado por indios hostiles, o simplemente perderse. Con inmensa curiosidad se interna en las regiones más recónditas de Tierra del Fuego, y conserva intacto su humor de Varmland, su tierra de origen, para comentar lo que ve y lo que experimenta.

Afortunadamente disponemos de imágenes que nos ayudan a completar su relato. Tengo en mi poder un álbum de fotos, herencia de mi tía Berith Bergstrom. Edvard envió este álbum como regalo a su madre desde Buenos Aires, el 15 de mayo de 1899. A pesar de tener más de 100 años, algunas de estas fotos tienen una calidad fotográfica excepcional. Los milagros de la tecnología digital me han permitido reproducirlas aquí, y con su ayuda el relato de Edvard cobra una inmediatez que completa y enriquece nuestra imaginación.

No sé exactamente cuándo volvió Edvard a Suecia. Hay un comentario escrito por mi abuelo paterno Albert en la biografía de su padre Olof, donde dice de Edvard: "Sirvió al estado en calidad de agrimensor en el oeste de Argentina, después fue comerciante de manteca en Buenos Aires, y actualmente es representante de una empresa argentina dedicada al comercio de la manteca en Inglaterra". Este comentario de Albert tiene un dejo peyorativo desde la perspectiva de la época, por cuanto el comercio era considerado como una actividad socialmente inferior a la explotación de la tierra. Otros miembros de la familia Bergström eran terratenientes, lo cual para ellos significaba un avance social.



Esta foto de Edvard Bergstrom está en el libro "Svenska Oden I Sydamerika" (Destinos Suecos en America del Sur) escrito por Axel Paulin y publicado por A. Nordstedts forlag (editorial A.Nordstedt) 1935, y fue puesta a disposición de la editorial por su hermana Emma Andelius-Bergstrom, artista de textiles. Edvard era un hábil cazador ya desde joven en Suecia, cuando estuvo empleado como contador en la fábrica de turbinas de su padre en Finnhyttan. En los bosques circundantes abundaban los alces y en muchos de los lagos había patos. Esta habilidad le ayudó a sobrevivir más de una vez en su viaje a Tierra del Fuego.

Pero Albert falleció en 1928 y no conoció el relato de Edvard sobre la vida en Tierra del Fuego. Yo creo que de haberlo leído se hubiera reconocido en él. En los dibujos de lápiz y carbón de Albert hay el mismo respeto pastoral por la naturaleza en Varmland como en el relato de Edvard de su encuentro con la Tierra del Fuego.

Lysekil, Suecia, el verano 2004

Ingmar Bergstrom

Las aventuras de Edvard Bergström, un ex-contador, en Tierra del Fuego (1891 – 1892) relatadas por él mismo.

Arranco este relato recordando aquellos remotos tiempos en los que trabajaba en Varmland (Finnhyttan), como contador de una empresa, donde los empleados me llamaban el capataz, los días en los que con cualquier tiempo yo caminaba media milla dos veces por semana hasta una mina, Engruvorna, para allí en el depósito fraccionar y pesar vituallas, arenques, harina de centeno, panceta americana, café y azúcar, para las mujeres de los mineros, y distribuir tabaco para los hombres. En ese entonces no tenía idea que un día llegaría a Tierra del Fuego, a regiones donde ningún hombre blanco había puesto pie anteriormente.

Mi sueldo en la empresa era de trescientas coronas suecas por año y me alcanzaba cómodamente para lo más necesario, como ropa, botas de cuero y municiones. Casa y comida tenía sin cargo. Yo no era un cazador tan destacado como lo fue Schroeder en su tiempo, pero amábamos los bosques con igual intensidad. La naturaleza de Dios ha sido, es y siempre ha de ser mi entorno más querido, donde se asoma la mano de Dios por todas partes.

Se dice que nosotros los suecos todavía tenemos sangre de los Vikingos fluyendo por nuestras venas. Si fue esa la razón por la cual se despertó en mí la inquietud de conocer el mundo a los 22 años no lo sé, pero el deseo fue aumentando con el tiempo. Los países limítrofes, el Continente e Inglaterra se encontraban demasiado cerca y había allí solamente ciudades grandes por las cuales no sentía el menor interés. Australia se encontraba lejos y yo tenía la idea que era un país desértico y monótono.

América del Sur tampoco se encontraba cerca pero era lo suficientemente extensa para aplacar mi necesidad de un recorrido novedoso, pausado y variado. La lengua española que se hablaba allí también era más de mi agrado que el alemán o el inglés que como todos los chicos tuve que aprender en la escuela. Sin pensarlo mucho decidí viajar a ese continente y en enero de 1886 subí a bordo del "Baumwald" un barco carbonero que zarpaba de Hamburgo con rumbo a Buenos Aires.

Hay mucho que podría contar de ese viaje y de la llegada a la embocadura del Río de la Plata, donde los pasajeros y sus pertenencias fueron llevados a tierra firme sobre enormes carros de dos ruedas tirados por caballos. Las ruedas eran tan grandes que los caballos llegaban apenas hasta debajo del eje de la rueda, y mientras las pobres bestias arrastraban esos monstruosos carros hasta la costa, se veían apenas sus cabezas y cuellos saliendo del agua. Necesitaría mucho tiempo para poder profundizar sobre las circunstancias que reinaban en el puerto de Buenos Aires de ese entonces.



Lo primero que llama la atención a Edvard en el puerto de Buenos Aires son los carros con ruedas gigantes. Aquí se ve uno de esos carros transportando lana. Todos los suecos que conocen a su tradicional Evert Taube recordarán sin duda las palabras en la canción de los bueyes que tiraban carros "knirra knarra karra" al contemplar estos medios de transporte tan típico de Argentina. La foto es del álbum de Edvard.

Nunca me hubiera imaginado que yo sería el primero en demostrar y manejar el separador de leche de De Laval en la exposición internacional en Buenos Aires en 1886. En esos intentos tenía que aumentar las revoluciones del separador hasta trece o catorce mil revoluciones por minuto, o duplicar la velocidad permitida. Esos experimentos eran muy peligrosos y raramente exitosos. Pero aparte de separar la crema de la leche luego se intentó aplicar el sistema para separar el oro de la arenisca, en Tierra del Fuego.



El mapa es de un viejo atlas escolar. Entre 1886 - 1891 Edvard estuvo en Buenos Aires y en Córdoba y también más al oeste cerca de la frontera chilena. Después viajó a Tierra del Fuego y se quedó durante seis meses en las cercanías de la Bahía de San Sebastián, y allí ayudó a construir el destacamento policial. Eduardo pasó seis meses más en Ushuaia, la futura capital de Tierra del Fuego sobre el Canal de Beagle en la costa sur de Tierra del Fuego.

Ciertamente salí con vida de este trabajo, pero poco faltó para que no fuera así. Las noches eran tan frías que el agua se congelaba, y el agua no era potable, estaba contaminada, y yo debía dormir en el establo junto a las vacas durante el tiempo que duró la exposición. No tardé en contraer la fiebre tifoidea. Me trasladaron al hospital alemán, donde tuve la impresión que sólo estaban esperando que, como a tantos otros enfermos, me trajeran mi ataúd de madera sin cepillar, para poder fletarme a un mundo mejor. Allí sentí que mi vida dependía de un hilito, pero resulté ser más robusto que lo que los médicos y yo mismo creíamos, y después de cuarenta y cinco días en el hospital me dieron de alta, considerándome sano y listo para continuar.

Después de semejante experiencia, que no solamente fue dolorosa, sino que consumió la totalidad de mis ahorros, me vi obligado a salir a buscar trabajo. Visité entonces a Stavelius, un ingeniero sueco que en esos tiempos era superintendente del gobierno

argentino en un lugar de cuarentena en la isla de Martín García, en la embocadura del Río de la Plata, situada a una distancia de aproximadamente diez millas (suecas) de la costa. Conseguí empleo. Mi trabajo principalmente consistía en quemar todas las noches unos cuarenta cadáveres de inmigrantes, que habían muerto de cólera allí en la isla.

También de ese infierno salí con vida y seguí a Córdoba, en el interior del país. Trabajé allí en un taller de reparaciones de locomotoras como mecánico, un trabajo que poco me gustó. Tenía que estar acostado adentro de las calderas tiznadas, trabajar sin parar en el inmenso taller con techos y paredes de chapas de hierro corrugado, limar grifos, limpiar partes de las máquinas, y ajustarme rígidamente a los horarios según el silbato a vapor del taller. Nada de esto me agradaba. No, yo añoraba el sol y las inmensas llanuras, y no tardé mucho en salir de allí para llegar a las pampas con sus pastizales extensos, y a las enormes salinas, negras y traicioneras, en la provincia de Córdoba. Recién entonces me sentí a gusto, con mi montura por cama y libre a mi aire en la naturaleza de Dios.

Lejos estaba de imaginar, cuando pesaba arenques en la mina de Varmland, que me tocaría ver una de las maravillas de la creación, esas inmensas cadenas montañosas que atraviesan América del Norte y del Sur desde el Ártico hasta el Cabo de Hornos. Tierra del Fuego, como todos sabemos es la parte triangular más extrema hacia el sur y separada de ese continente por el Estrecho de Magallanes y terminando en el temido Cabo de Hornos, introduciendo Tierra del Fuego al Mar Ártico.

Difícil le resultaba creer, a ese contador de Varmland, que había llegado a Tierra del Fuego, el último confín del mundo. En esa cordillera de los Andes, a pie o a caballo, a veces a más de tres mil metros sobre el nivel del mar, el ex-contador de Varmland conoció un mundo tan grandioso y sorprendente que ni la mejor descripción puede darle cabida fiel. Y de ciertas partes de Tierra del Fuego, en este país tan poco conocido en aquellos tiempos, puedo decir como en la canción marinera sueca "Algo tan hermoso no he visto nunca antes". Pero volvamos a retomar nuestro relato desde el principio, cómo fue que llegué a pisar esta parte del mundo.

En el puerto de Buenos Aires

Un día en el mes de mayo en 1891, cuarenta y dos años atrás, vagaba yo por las calles de Buenos Aires preguntándome cómo y dónde podría ir para conseguir un trabajo. Todavía tenía algo de dinero en el bolsillo, pero no me iba a alcanzar por mucho más tiempo. Inesperadamente, un encuentro fortuito con otro sueco, conocido mío, y también oriundo de Varmland, me reveló que yo no era el único en esas condiciones. El había cursado allí la escuela técnica (Tekniska Hoegskolan) y su padre era un hombre bastante acaudalado, pero en ese momento se lo veía de últimas. Lo saludé diciendo:

"Hola viejo buscador de oro y comerciante de esclavos, como estás, te veo muy consumido"

"Tienes razón" me replicó estrechándome la mano. Su rostro se iluminó sin embargo, cuando le dije:

"Parecería que tu persona no ha visto ningún bien de Dios en mucho tiempo, pero acompáñame a una fonda y comamos algo, porque se me hace que si pudiera ver tus entrañas por dentro las vería como en las peores años de Egipto".

Me acompañó, y después de un modesto almuerzo y un vaso de vino argentino se desahogó y me contó sus penurias. Había estado trabajando en las sierras de Córdoba

buscando oro, pero el emprendimiento fracasó y él perdió todo su dinero. Ahora estaba en la miseria...Y allí nos separamos, cada uno sumergido en su propio problema de cómo sobrevivir.

Me gusta el mar, aunque nunca me cautivó el oficio de marinero. Pero como estaban las cosas se me ocurrió ir a echar un vistazo al puerto de Buenos Aires, a la Boca del Riachuelo. Allí deambulé entre marineros oriundos de todas partes del mundo, muchos de ellos de origen italiano y con tez oscura y curtida. Esos italianos vienen originalmente de distintas provincias y hablan dialectos tan diferentes entre sí, que les cuesta comunicarse entre ellos, algo parecido a lo que le pasaría en Suecia a un hombre oriundo de Dalarna, en el sur, si se encontrara en un mercado de invierno en Bergslagen, en el norte.

Al pasar junto a un muelle me pareció escuchar las palabras "Tierra del Fuego". Había tres jóvenes.hablando y gesticulando, y vi a uno de ellos señalando con la mano a un pequeño buque a vapor. Me acerqué a preguntarles y me aseguraron que se trataba de un barco argentino que tenía como destino Patagonia y Tierra del Fuego, y que se trataba de un buque de guerra, cosa que me resultaba difícil de creer ya que a mis ojos no presentaba el menor indicio de serlo.



Aparte de la ausencia de autos la Avenida de Mayo se ve hoy prácticamente igual que en los tiempos de Edvard, cuando él entró en las oficinas de La Prensa para conseguir información sobre la posibilidad de llegar a Tierra del Fuego. La imagen es del álbum de Edvard.

Yo les agradecí y me alejé. Pero esa noche no podía dejar de pensar en el asunto. En mi deambular yo había visto más de la Argentina que la mayoría de sus habitantes y mi interés por Tierra del Fuego no había dejado de aumentar. La Patagonia y Tierra del Fuego eran para mí un nuevo desafío en ese inmenso continente sudamericano. La idea de viajar allí me obsesionaba, pero al mismo tiempo no podía imaginarme cómo podría hacer yo para ser llevado a esas regiones despobladas y poco conocidas del mundo. Tampoco podía descartar que los muchachos de la Boca hubieran querido tomarle el pelo al "gringo", como bien sabía yo que había ocurrido en más de una ocasión con extranjeros incautos.

Pero yo estaba decidido a investigar seriamente el asunto. A la mañana siguiente me dirigí a "La Prensa", uno de los periódicos más importantes del país, cuyas oficinas ocupaban un imponente edificio, un verdadero palacio, sobre la Avenida de Mayo. Allí me escucharon cortésmente y me confirmaron lo dicho por los jóvenes en el muelle. Me enteré también que el gobierno había nombrado el primer gobernador para Tierra del Fuego y que éste viajaría en ese mismo buque que yo había visto en el puerto. A continuación me anotaron una dirección para allí poder conseguir más información.

Allí me presenté al día siguiente y pedí una entrevista con el gobernador de Tierra del Fuego. Me acompañaron a una sala de espera y en seguida me llevaron por las dobles puertas a una oficina lindante y allí me recibió el gobernador. Era de origen italiano y se veía de aspecto distinguido. Me enteré después que era médico. (Mario Cornero) En el despacho del gobernador había otro caballero que me presentaron como el futuro jefe de la policía de Tierra del Fuego. Su aspecto me atemorizó en ese primer momento: era grandote, barbudo y de tez oscura, como los ladrones de las películas. Era oriundo de la provincia de Corrientes. Después llegué a conocerlo mejor en Ushuaya, la capital de Tierra del Fuego (si es que se puede llamar capital a un lugar sin casas ni calles y casi sin habitantes). Resultó ser una persona excelente, y además tenía un gran talento musical. Todavía conservo anotadas algunas canciones de su provincia que él gustosamente copió para mí sobre un papel pentagramado que habíamos improvisado para tal propósito. Viene al caso que yo tenía conmigo un violín, y tocaba con o sin notas.

Mostré al gobernador mi espléndido pasaporte, otorgado por el Ministerio de Asuntos Exteriores en Suecia, junto con mi título de ingeniero civil, más una buena recomendación para la Escuela de Minas (Bergskolan) de Filipstad de donde había egresado con buenas notas finales.

"Como Uds. ven soy ingeniero civil", le dije al gobernador al presentarle mis documentos. "Además sé trabajar en la construcción, organizar expediciones, cartografiar y con gusto estaría a su disposición" "Bueno" dijo el gobernador, "sé que los suecos son capaces y confiables. Tengo cargados a bordo materiales y madera para construir un destacamento policial sobre la costa norte de Tierra del Fuego, allí donde el Estrecho de Magallanes separa Tierra del Fuego del continente sudamericano. Si le interesa el sueldo que le ofrezco, Ud. será incorporado como "Ingeniero del Gobierno". ¿Acepta Ud. mi oferta y de ser así, puede Ud. estar listo en un par de días? "

"Sí señor, está bien", respondí.

Así de fácil se solucionó el asunto.

Fue grande mi satisfacción en ser fletado con semejante rapidez a ese país casi desconocido por el mundo. Después tuve una conversación con el jefe policial quien me preguntó si yo no conocía algún sueco que quisiera unirse a la policía. El estaría muy agradecido si así fuese porque la dificultad de conseguir gente era muy grande, ya que ese territorio desconocido inspiraba temor, y pocos se aventuraban a ir allí.

Le prometí ocuparme del asunto, y me acordé de un compatriota de Gottland, que también andaba buscando trabajo. Con su facha de oso gigantesco bien podría mantener el orden en un país en donde ni siquiera había gente. Conseguí ubicarlo y lo llevé a presentárselo al jefe de policía, que opinó que yo había conseguido exactamente lo que él buscaba. El gigante a su vez quedó satisfecho del sueldo ofrecido, y de haber conseguido un trabajo poco menos que ideal, ya que consistía principalmente en cobrar, comer y dormir-

Se fijó el día para embarcar y cada uno fue a su alojamiento para preparar las pocas cosas a llevar en su equipaje. De las armas que yo tenía llevé un pesado rifle de 11 mm que en una oportunidad compré en Hamburgo para ser usado en la caza de alce en Varmland. Tenía un gran inconveniente, que no se encontraban cartuchos apropiados en toda Buenos Aires y me quedaban solamente unos cien. Igualmente lo limpié y lo aceité cuidadosamente, así como una escopeta con doble caño. En una oportunidad en la cordillera me había quedado atrapado en un pantano y se quebró el cuello de la culata, pero había logrado reparar ese daño envolviendo la parte quebrada con un pedazo de cola de buey remojada que al secarse se encogió dejándola más resistente que antes. Conocía suficiente sobre la fauna de Tierra del Fuego para saber que una escopeta sería de poca utilidad allá, como bien lo confirmé después. De mi colección de armas también llevé un revólver de un modelo más antiguo con caño largo para 6 cartuchos. Apreté mi montura, tan imprescindible como mis armas, con sus estribos de madera y varias capas de paño que se usaban para armar la cama, y finalmente un cabestro y un lazo de cuero crudo. También llevé el violín.

Costeando la Patagonia en el buque de vapor "Ushuaya" con rumbo a Tierra del Fuego

A la hora estipulada subí a bordo de ese buque con mi equipaje y después fueron llegando los otros pasajeros. Aparte del capitán, los oficiales, la tripulación, el gobernador y el jefe de policía había otros hombres llegados de distintas provincias del país y además algunos austríacos, buscadores de oro. Juzgando por su equipamiento, no me parecían muy profesionales. El cocinero era un viejo italiano de aspecto poco recomendable. No había ninguna mujer a bordo.

Yo estaba atento a la llegada de mi recomendado, el gigante de Gottland, pero para mi gran pesar brilló por su ausencia. Que ese hombre fuerte hubiera resultado tan poco serio e incapaz de cumplir con su palabra me indignó sobremanera, especialmente por haber sido yo el responsable de haberlo propuesto para el trabajo. Como a tantos otros, la idea de emprender semejante viaje lo había amedrentado. Qué tremendo cobarde había resultado ser.

Finalmente levamos anclas y salimos por la inmensa embocadura del Río de la Plata con rumbo hacia el sur. Nuestro supuesto "buque de guerra" no tenía semejanza alguna con una nave bélica, más bien aparentaba ser un barco guardacostas, apto para prestar servicios en los ríos y las costas. Más tarde me enteré que efectivamente se había usado para tales fines.

Un día bajé a la sala de máquinas y allí descubrí una placa de metal diciendo "Motala Verkstad", de un año que ahora no recuerdo. En ese momento me invadió la añoranza; era como estar de nuevo sobre territorio sueco y realmente me sentí como si me hubiera reencontrado con un querido amigo en el camino.

El vapor tenía apenas unas trescientas toneladas. Era lento, y con tiempo favorable llegaba a hacer hasta ocho nudos. Obviamente ese pequeño buque se movía mucho con el oleaje en alta mar, pero afortunadamente yo nunca fui propenso a sufrir de mareos.

Despacio fuimos avanzando a lo largo de la costa Patagónica y eventualmente el capitán decidió entrar en una bahía con el nombre de Santa Cruz. Con curiosidad observé la costa, que era baja, y también más tierra adentro, donde se extendía siempre la misma estepa de un color amarillento sucio hasta donde llegaba la vista. A medida que nos acercábamos a la entrada de la bahía noté que el buque empezó a vibrar fuertemente, debido a la fuerte marejada que arrastraba el agua mar adentro. Con mucho esfuerzo y lentamente el buque avanzaba por el canal con el agua literalmente hirviendo a su alrededor.

Considerando que las diferencias entre pleamar y bajamar en las costas patagónicas son aproximadamente de cuarenta y ocho pies es fácil imaginar la extrema fuerza de las corrientes. Ya entrados en la bahía y a una distancia de algunos cientos de metros de la costa anclamos y bajamos una yola, con la cual llegamos a tierra firme. Disponía de medio día antes de tener que volver a bordo así que me calcé mi escopeta al hombro y me fui caminando por la bahía.

La playa se internaba muy suavemente en el mar con piedras pequeñas y arena, y el fondo estaba cubierto de algas. Mirando tierra adentro no encontré nada que agradara a mis ojos, solamente tierra seca, arenosa y cubierta con los pastos tupidos propios de la Pampa, siempre del mismo color amarillo sucio.

Aquí y allá entre algunos matorrales me imaginaba por momentos ver vida animal, pero como no sabía lo que podría ser, no me animé a disparar. Continuando mi caminata llegué finalmente a la entrada de la bahía por donde habíamos pasado algunas horas antes, aproximadamente a una distancia de media milla de donde había desembarcado anteriormente. Allí avisté unas aves acuáticas parecidas a las nuestras.

Me escondí detrás de unos matorrales y considerando que así estaba bien ubicado para cazar una de esas aves apreté el gatillo y derribé a una de ellas, que después de unos tumbos cayó panza arriba allá afuera en la bahía, en un lugar bastante alejado de la playa y en aguas de probablemente varios metros de profundidad.

Para llegar allá no tenía ni bote ni balsa pero me desbordaba la ansiedad por recuperar mi presa y poderla estudiar. Así que no me quedaba otra que tirarme al agua como buen perro de caza y recuperarla. Así lo hice, sin tiempo para pensarlo mucho porque la avutarda o lo que fuera era rápidamente arrastrada mar adentro por la corriente de la bahía. Aunque yo estaba lejos de ser el famoso nadador sueco Arne Borg, sabía defenderme bastante bien. Al instante quedó mi vestimenta sobre la playa y yo me tiré al agua salada del mar. Salir nadando fue fácil y rápido, como si hubiera tenido una hélice en la popa, y velozmente llegué hasta mi presa. Le apreté con mis dientes por el cuello, y empecé a nadar hacia la costa, pero ahora nadando en dirección opuesta sentía como si la hélice estuviera trabajando al revés. Con el entusiasmo de recuperar mi presa me había olvidado de la poderosa marejada que ahora me chupaba mar adentro con una fuerza tremenda. Mordí más fuerte el duro cogote del ave y empecé a nadar en dirección a la playa haciendo bordes. Cuando casi había agotado mis fuerzas sentí que finalmente tocaba fondo con mis pies.

Me aferré a las piedras y las algas y quedé allí postrado como un descompuesto elefante marino recuperando mi aliento. Después de esa experiencia tuve mucho respeto por las mareas de la costa patagónica.

De nuevo a bordo me sorprendí al ver faenado un vacuno entero colgando de las cuerdas de la proa del barco. Al preguntar de qué proveedor marino de estas regiones despobladas provenía semejante carne deliciosa me contaron que el capitán al habernos quedado sin carne fresca, se había comunicado con algunos buscadores de oro y les pidió que echaran un vistazo más tierra adentro para ver si era posible encontrar ganado semi-salvaje y en ese caso traernos alguna vaca o novillo. Los cazadores volvieron exitosos. Ignoro si el dueño de la vaca, o algún gaucho cuidador de la hacienda o algún indio tehuelche los habría visto, o si alguna vez se descubrió siquiera que faltaba un animal de la tropilla, pero si así hubiera sido probablemente la culpa sería atribuida a algún puma pampeano. Al dueño le sobraba tiempo para traer el cuento porque se había desatado una tormenta del este que nos retendría dentro la bahía dos días más. Nunca supe si el capitán al volver a Buenos Aires informó sobre "la compra". Nosotros que proseguíamos viaje estábamos todos de acuerdo que esa carne fresca era muchísimo más sabrosa que la comida semi-descompuesta que últimamente nos habían estado sirviendo.

El desembarco en la bahía de San Sebastián


En el mar las fuertes olas seguían jugando con nuestro "buque de guerra" y el oleaje parecía empecinado en hacernos naufragar. Cada vez que nuestro vaporcito se hundía en el valle de una ola daba la impresión que iba ser sepultado debajo de la próxima, que ya se amontonaba con cresta blanca y espumosa encima nuestro, y si hubiéramos navegado derecho contra las olas no creo que hubiéramos podido evitar el naufragio. Pero de a poco amainó la tormenta y temprano una mañana se avistó el contorno de Cabo Vírgenes sobre la costa norte de la entrada del Estrecho de Magallanes y más difuso el Cabo del Espíritu Santo por el lado sur del mismo estrecho. Lentamente nos fuimos acercando a la costa de Tierra del Fuego y finalmente largamos el ancla al sur del estrecho en la bahía de San Sebastián.

Ahora, a punto de poner pie en esas tierras olvidadas por Dios, observaba ansiosamente el terreno más allá de la bahía. Desde la playa, y aproximadamente a una milla tierra adentro, el terreno se extendía completamente plano como una mesa y después continuaba en suaves ondulaciones. Todo parecía indescriptiblemente desolado y triste. No había rastro de árbol o bosquecillo alguno que animara esas extensiones desiertas. Hacia el norte, a una distancia de una milla aproximadamente de donde habíamos anclado, se veía en la costa algo que parecía ser restos de un viejo molino, que después me enteré que era "El Páramo", el lavadero de oro del ingeniero Poppers. Tendré más que decir de esto más adelante.

Esta costa norte es completamente distinta de la costa sur montañosa de Tierra del Fuego, donde hay innumerables canales, fiordos, estrechos e islas y donde no escasean los buenos puertos.

Al soplar el viento del este, como ahora, teníamos poco o nada de protección contra el mar en esa bahía donde estábamos anclados, y en la que las olas venían derecho hacia la playa de poca profundidad. Descargar un barco bajo semejantes condiciones ofrecía muchas dificultades de alto riesgo para todos los materiales de construcción del destacamento policial como clavos, tarugos, tablones, chapas corrugadas de hierro etc.



Mapa de Tierra del Fuego con sus zonas aledañas (de una enciclopedia de circa 1930). El primer desembarco durante el viaje de Buenos Aires fue en una bahía al norte del límite mostrado en el mapa. Edvard y dos carpinteros italianos fueron después desembarcados en la Bahía de San Sebastián. El jefe de policía y sus gendarmes llegaron cabalgando desde la bahía frente a Punta Arenas sobre territorio chileno. La línea roja en dirección oeste muestra grosso modo el camino tomado por Edvard (Don Eduardo)  y sus compañeros para llegar cabalgando a la estancia inglesa para pedir clavos.

La línea roja en dirección noroeste indica groseramente el camino tomado por Edvard y sus dos compañeros franceses hasta una playa donde encontraron varios objetos interesantes llegados a tierra, después del naufragio de un barco alemán.

Todos estos materiales debían ser desembarcados, así como también víveres y herramientas etc. De los pasajeros bajarían aquí dos carpinteros italianos y yo, ninguno más. El resto del pasaje continuaba hasta Punta Arenas y Ushuaya.

He visto, en relatos de viajes más actualizados, que en 1927 Punta Arenas fue rebautizada por el gobierno chileno a "Magallanes", un nombre en realidad más apropiado.

Comento, que donde terminaba el terreno llano y continuaban las colinas y donde estaba proyectado el destacamento policial, en Punta Arenas ya había un campamento provisorio del comisario policial con media docena de gendarmes, y también caballos y varios perros.

Algunas horas después de nuestro arribo, llegaron los gendarmes, obviamente a caballo, trayendo cabalgaduras adicionales para cargar y trasladar los materiales y víveres a medida que éstos fuesen descargados. Sí, "desembarcar" suena cómodo, pero en realidad fue una operación improvisada y confusa, una especie de desembarco salvaje de novela en el que todo lo que se consideraba que podía flotar, fue echado al mar para ser llevado hasta la playa por las olas. Leznas, tablas y tablones fueron apilados y atados junto con chapas, pero muchas de estas improvisadas "balsas" se desarmaron en las rompientes y las maderas desparramadas a lo largo de la costa. Por supuesto muchas chapas se hundieron. Los víveres y algunos otros enseres fueron estibados en los botes salvavidas, un trabajo dificultado por el oleaje.

Remando llevaron el bote hacia la costa, entre olas amenazadoras que con gran estrépito alcanzaban sin cesar la playa. Había que prestar mucha atención cuando la quilla del bote en una oleada llegaba a tocar el fondo y a continuación era elevado por la próxima ola y propulsado hacia adelante. En el primer intento de desembarco el bote giró después de tocar fondo con un costado y en el próximo instante fue tumbado por la siguiente ola llenándose de agua, y gran parte de la carga cayó por la borda y fue impulsada por el oleaje hacia la playa. Allí estaban los hombres tratando frenéticamente de poner a salvo todo lo que se podía. Pero obviamente parte de la carga se perdió. Se hicieron varios intentos de desembarco con resultados similares, algunos mejores.

Yo acompañaba el último viaje llevando mis rifles y mi montura. Del violín se había hecho cargo el jefe de policía, que seguía viaje a Ushuaia, y así probablemente lo salvó del naufragio. Todo había salido bien hasta que el bote tocó fondo, pero allí pasó lo mismo que en el primer intento de desembarcar. En las últimas horas había aumentado el viento y las olas golpeaban con más fuerza aún. El bote giró, y recibió un nuevo chubasco, pero en el instante que dió vuelta de campana salté al agua, toqué fondo con mis pies y con el agua salada hasta la cintura fuí corriendo desesperadamente hacia la playa. Pero correr en agua de un metro de profundidad no es lo mismo que sobre tierra firme y las olas lograron abrazarme varias veces como última despedida antes de llegar totalmente empapado de agua salada a la playa y con un rifle en cada mano.

En cambio a mi montura había tenido que dejarla a su suerte, pero como estas monturas argentinas del campo no están fabricadas en los talleres de Ford, sino que están hechas de madera con estribos del mismo material, llegaron a la playa flotando, aunque bastante lejos del lugar del naufragio. 🐾

Tengo que decir que habíamos tardado literalmente tres días en tirar nuestra carga al mar. Por la tarde del primer día llegó navegando una pequeña embarcación del lavadero de oro de Poppers que mencioné antes, y durante la noche fue amarrado al vapor, pero como ya dije, al día siguiente el viento y el oleaje habían aumentado, y entonces el capitán ordenó cortar la amarra de la embarcación que se fue a la deriva sin tripulación, adentrándose al mar y a un destino desconocido.

-

Terminada la descarga el vapor levó anclas y se dirigió rumbo al norte a la embocadura del estrecho de Magallanes. Recién volvería dentro seis meses para traernos correspondencia y provisiones de Buenos Aires. Así que tendríamos tiempo de sobra hasta la próxima visita, para atender a nuestra correspondencia.

Acá estaba yo ahora, empapado y pensando: “Así que esto es Tierra del Fuego, ese casi desconocido país de los indios y los guanacos”. Pero estaba lejos de sentirme desanimado por lo que me esperaba. El viento era molesto, pero el cielo estaba limpio, el sol calentaba y pensando en las experiencias que me esperaban en esas tierras interminables mis preocupaciones se desvanecieron.

Se construye un destacamento policial en Tierra del Fuego

El destacamento policial recibió el mismo nombre que la bahía San Sebastián en la cual habíamos anclado y después de haber estrechado la mano a los hombres que habían venido a recibirme di a conocer mi nombre que para ellos resultaba demasiado complicado de pronunciar. Por eso decidí que mi nombre en Tierra del Fuego sería "Don Eduardo". Eso era en lengua española y fácil de recordar.

La tarea de los hombres fue ahora de amontonar tablas y tablones y atarlas para después ser arrastradas hasta el lugar de la construcción del destacamento policial, a una distancia de aproximadamente una milla.

Me facilitaron un caballo para llevar mi montura empapada y así pronto llegué al lugar indicado. Los dos carpinteros italianos hicieron el largo camino a pie, no sé si por falta de montura o por no animarse a montar a caballo.

El comisario me dio la bienvenida. Era un joven argentino de tez oscura. Como muchos de los hijos del país tenía semblante moreno y los cabellos negros y lacios, y como todos estaba equipado con un cuchillo tipo carnicero y sin vaina metido atrás en la cintura del pantalón.

Las primeras noches dormí sobre mi montura al aire libre, algo para mí nada novedoso porque ya me había acostumbrado a pasar las noches así durante los años que pasé en las provincias del noreste de Argentina. Pero después que una parte de la chapa corrugada había sido transportada al lugar de la obra aproveché y corté tiras de turba y con ellas armé al pie de una colina una choza usando la chapa como techo. Allí viví durante el tiempo que duró la edificación.

Se necesitaban varias semanas para completar el traslado de los materiales y las maderas desde la costa y poder empezar a construir. Por eso tenía tiempo de sobra para salir a caballo y recorrer los alrededores. En distintos lugares entre nuestro campamento y la costa encontré pequeñas lagunas bordeadas de matorrales. Antes de la caída del sol llegaban cientos de gansos salvajes del interior planeando sobre esas lagunas y más de una vez logré derribar alguna de esas aves espléndidas con mi rifle mientras sobrevolaban nuestro campamento. Esas proezas de la peligrosidad de mis armas de fuego me ganaron un respeto saludable entre esos hombres de fiero aspecto.

Nunca pude arrimarme suficientemente con mi escopeta para poder cazar gansos salvajes a pesar que repetidamente hice intentos a modo indio usando los matorrales como medio de camuflaje para acercarme. Sus centinelas, siempre bien atentos, alertaban a los otros del peligro usando distintas señales. Como ya dije tuve más éxito

con el rifle y unos gansos robustos significaron un importante cambio grande en nuestra monótona dieta. 🦆

Con el tiempo se me brindó la oportunidad de conocer mejor a mis compañeros, muchos de ellos mestizos de sangre india. Los únicos blancos, aparte de los ya mencionados carpinteros italianos, éramos el catalán y yo. También estaba en el grupo José Díaz, el mismo que cuatro años después acompañó al profesor Nordenskjold en su expedición a Tierra del Fuego, que era negro. Este africano era el más espléndido de todo el grupo, comprensivo, sensato y confiable.

Cazando guanacos

Con Díaz y el catalán como compañeros salí a cazar guanacos, el único animal de cuatro patas que era comestible, y así se hizo indispensable su caza por ser nuestro alimento principal. A caballo y acompañados por algunos perros veloces, parecidos a galgos pero más fornidos, cabalgábamos tierra adentro, siempre sobre terreno ondulado y siempre avizorando nuestra presa.



Edvard se sorprendió de la escasa cantidad de animales grandes en Tierra del Fuego. Vió el choique (avestruz argentino) y el guanaco. Este último, como la vicuña, la llama y el alpaca son de la familia de los camélidos y viven en manadas de aproximadamente diez animales. Edvard cazó no menos que cuarenta y dos guanacos durante su estadía de un año en Tierra del Fuego (foto de Daniel Moretto, tomada durante un viaje en auto junto a Ingmar Bergstrom de Río Gallegos a Calafate a principios de Agosto de 2004).

Esos guanacos se encuentran en general en manadas grandes o chicas, pero raras veces andan solos. Un animal deambulando apartado y a solas significa en general que es viejo o enfermo. Hay muchos guanacos en todo el territorio de Tierra del Fuego, tanto en las zonas boscosas al sur como en las estepas y allí aun en mayor abundancia. En apariencia el guanaco es muy parecido a su pariente la vicuña del norte, en la cordillera, como así también a la domesticada llama. Un guanaco adulto mide 2,5 metros de largo. Tiene un cuello extremadamente largo, piernas largas, porte orgulloso, ojos grandes y las orejas paradas, lo que le da un aire de gracia y nobleza. Su pelaje tiene el mismo tono amarillento del entorno que habita. La buena vista y las piernas

largas son para el guanaco un arma de protección. Sólo perros muy veloces son capaces de alcanzar un guanaco, pero rara vez a un guanaco adulto macho.

Cuando empieza a escasear la carne salimos a cazar. Con los perros atados salimos cabalgando por las extensiones onduladas. En un valle de aproximadamente mil metros de ancho avistamos media docena de animales. Ajustamos las cinchas, y con los perros en la punta vamos bajando al galope entrando en el valle. Los animales nos han visto y preocupados estiran sus largos cuellos mientras los perros se lanzan a toda velocidad al valle, y ahora empieza una carrera de vida o muerte entre ellos y los guanacos, y también para nosotros sobre los caballos porque el terreno que atravesamos está horadado por doquier por túneles y cuevas excavados por los tuco-tucos. Estos hoyos escondidos entre las matas y los pastizales son invisibles y los caballos constantemente hunden sus cascos en ellos. Un novato hará bien de no arriesgarse en estas peligrosas carreras. El negro José Díaz se quebró una vez la clavícula durante una de estas cabalgatas y por esa causa quedó algo jorobado. Los perros intentan atajar a los animales y nosotros los seguimos lo más rápido que podemos. Entre el perro más veloz y un animal joven se está achicando la distancia con cada segundo que pasa, una distancia de un tiro, unos metros más y los perros llegan con unos saltos de tigre al lado del animal, y hunden sus colmillos grandes y afilados en el costado del animal y quedan colgados. Vemos tambalear al guanaco, caer de rodillas y de nuevo levantarse. El peso del perro agarrado como una sanguijuela es demasiado e impide su huída. Y mientras, van llegando los otros perros y como bestias agarran el pobre animal que ya caído, levanta su cuello largo, orgulloso hasta la muerte. Nosotros ahora hemos llegado y terminamos de una puñalada su agonía.

Yo sentí una profunda repugnancia ante esa forma bárbara de cazar y durante todo el resto de mi estadía en el campamento me hice responsable de proveer el campamento con la carne necesaria sin emplear los perros. Cumplí con esa promesa y durante mi estadía de cinco a seis meses cacé y traje sobre el lomo de mi caballo cuarenta y dos guanacos, sin contar varios machos viejos que no servían para comer por su carne dura. También una cantidad grande de gansos salvajes terminaron en nuestras ollas y contribuyeron a romper con la monotonía de nuestro menú. La carne de guanaco no es para despreciar, al contrario, a mí me parecía especialmente sabrosa sobre todo como asado.

Para cazar siempre salí solo a pesar de repetidas advertencias sobre posibles ataques de los indios Onas, si ellos llegaran a sorprenderme en ausencia de mis compañeros. La forma de cazar se desarrollaba de la siguiente forma. Después de avistar una manada de guanacos desde alguna colina iba bajando, y luego desmontaba dejando el caballo con las riendas colgadas y con las patas delanteras maneadas, es decir atadas con una soga de cuero para que no se alejara.

A pesar que siempre observé esa precaución, me ocurrió una vez que el caballo así maneado se volvió al campamento, pero ni bien que el caballo apareció con montura vacía salieron dos del grupo a buscarme con un caballo extra y me encontraron a salvo a lado de un guanaco que había cazado.

Pero volviendo a mi forma de cazar. Una vez desmontado, seguía a pie y a manera india intentaba usar los matorrales como protección desplazándome a veces gateando entre las matas y pastizales, hasta poder alcanzar una ubicación favorable para disparar. Es bastante difícil en esas estepas con aire tan transparente, poder calcular correctamente

las distancias y en general uno se queda corto. A veces logré sobre terreno favorable acercarme a 100 metros de ellos y desde allí podía cazar hasta dos animales antes que huyeran, pero generalmente la distancia era el doble o más.

Después de cazar un guanaco me apuraba en acercarme para desanjarlo a la verdadera usanza sueca de cazar alce, y después salía a buscar mi caballo, que en general estaba donde lo había dejado. Entonces volvía cabalgando hasta mi presa y lo faenaba y despostaba en dos mitades con cuero y todo. Era casi imposible levantar el animal y dejarlo detrás de la montura a solas sin descuartizarlo, porque un animal adulto podía pesar entre 129 y 150 kg, y los machos viejos más aún. Algunos caballos se asustaban cuando yo trataba de cargar la mitad del animal sobre su lomo, y se movían hacia un costado dificultándome enormemente el trabajo. Mis cantos de aleluya se expresaban en parte en sueco y en parte en español y temo que no siempre eran de los más bellos. Con el rifle sobre la espalda, poniendo un pie en el estribo y después con una maniobra acrobática para poder pasar el otro pie sobre ambas mitades del animal y sentarme sobre la montura, comenzaba el lento regreso al campamento, debiendo tener mucho cuidado de que la carga de carne no se deslizara ni cayera al suelo.

En el campamento habíamos fabricado unos ganchos para poder cuerear a las dos mitades del animal.


En busca de clavos y emboscada de los indios Ona. Los preparativos

Después de haber terminado de transportar la madera desde la costa hasta el lugar elegido para la construcción del destacamento policial, unos seis kilómetros, tuvimos la desagradable sorpresa de que no habíamos traído ni un solo clavo. Se suponía que esa negligencia se había producido en Buenos Aires al ser cargado el barco o que las cajas con clavos se habían ido al fondo del mar durante el azaroso desembarque en la Bahía de San Sebastián. Pero de una u otra manera allí estábamos, listos para construir una cabaña de madera y sin un solo clavo. Los carpinteros italianos se rascaban la cabeza y se persignaban. Recién dentro de seis meses se podría esperar la llegada del próximo barco y no crecían clavos en los árboles (inexistentes) ni tampoco en la estepa. Pero entonces recordé un cuento que había leído sobre "pluggen" (tarugo), y el capataz que a un tarugo lo llamaba "dovling". Acá tenía yo una solución porque con la ayuda de los tarugos de madera podíamos por lo menos unir el armazón de la casa. Pero igualmente después iba a ser necesario conseguir clavos y ¿de dónde íbamos a sacarlos en Tierra del Fuego? En eso pensaba yo por las noches en mi choza de turba.



Así se vestían Edvard y sus compañeros al cruzar Tierra del Fuego del este al oeste en la búsqueda de clavos en una estancia cerca de la costa oeste chilena para poder construir un destacamento policial argentino con troncos y madera (foto del álbum de Edvard). Tierra del Fuego está dividida de norte a sur en dos mitades casi del mismo tamaño. Las tierras del este pertenecen a Argentina y las del oeste a la república de Chile.

Entonces un día fui a ver al comisario y le dije: “Déme ahora dos hombres y cinco caballos para cruzar Tierra del Fuego hasta la costa oeste sobre territorio chileno”. “Allá puede haber una estancia ovina inglesa y quizás podamos conseguir clavos en cantidad suficiente para poder armar la cabaña aunque sea provisoriamente y hacer el techo”.

"Con mucho gusto" respondió el  comisario. “Pero como no se puede excluir la posibilidad de un asalto por los indios Ona, en tierras más adentro, considero que Ud. tiene que llevar por lo menos seis hombres en una expedición así”.

“Le agradezco su preocupación”, le contesté, “sólo déjeme elegir a mis dos compañeros y todo saldrá bien”.

Como acompañantes en el viaje elegí al moreno José Díaz y al catalán, que eran totalmente confiables y no se oponían a participar en la aventura. Recibieron carabinas, un arma que se consideraba ser bastante inofensiva y que tuve oportunidad de probar más adelante. Resultaron ser una basura. Yo llevé mi rifle, del que ya hablé, y el revólver. Las escasas provisiones que cargamos en nuestros caballos consistían en unas duras galletas, harina de maíz, yerba mate, y algo de azúcar. Nuestro alimento principal, la carne de guanaco, tendríamos que conseguirla durante el viaje. No había necesidad de llevar carpa porque dormíamos sobre nuestras monturas y bajo el cielo abierto. No quise llevar perros para seguir cazando guanacos a mi manera. Con o sin perros, igual tendríamos que turnarnos entre nosotros para montar las guardias nocturnas.

Un día temprano salimos y los que se quedaron nos despidieron con la frase "Que les vaya bien". No disponíamos de binoculares ni brújula ni tampoco de un mapa, pero como el tiempo era bueno en esta parte de Tierra del Fuego, el sol sería nuestro guía. Considero que nuestro equipamiento era más bien pobre comparado con los grandes y sofisticados aparatos de exploradores científicos que nos sucedieron en el futuro.

Encaminados

La distancia a cubrir para llegar hasta la costa oeste y la estancia ovina era de aproximadamente quince millas, es decir treinta millas ida y vuelta (millas suecas, equivalentes a unos trescientos km.). Por las noches armábamos el campamento temprano, para así prevenir alguna hostilidad de parte de los indios. Así las cabalgatas diurnas se hicieron bastante cortas y tardamos aproximadamente una semana en llegar a nuestro destino. Tuvimos buen tiempo durante todo el viaje, exceptuando el viento fuerte y continuo que soplaba incesante desde el suroeste. Cabalgábamos sobre la inmensa estepa ondulada, con sol y el cielo azul y el pecho abierto y llenos de la sensación de libertad y con las ganas de vivir zumbando por nuestras arterias, al poder vagabundear así por territorios donde hombre blanco alguno hubiera pisado antes.

A pesar de la monotonía del entorno, una y otra vez llegaba a cada nueva colina y cumbre con renovada curiosidad. Repetidamente desmonté y dejé mi caballo y mis compañeros en un bajo mientras yo subía hasta la cima de alguna colina gateando y escondiéndome entre los pastos altos para poder escudriñar las grandes extensiones delante mío. Tenía la esperanza de ver algunos indios o el humo de su campamento. Nunca lo logré, aunque todos estábamos convencidos que muchas veces estaban cerca y espiaban lo que hacíamos. Estos indígenas altos y casi desnudos, con la piel del mismo color amarillento de los pastizales, se esconden tan hábilmente como las perdices, confundiéndose con su entorno y completamente inmóviles salvo que alguien les pase encima con el caballo.

La tercera noche armamos el campamento en un valle que yo denominé "Cinco Esquinas", porque allí confluyen cinco valles distintos. Acá las cerros eran altos y bastante escarpados, pero sin un árbol o arbusto como en todos lados y cubiertos solamente con el eterno pasto pampeano. En el valle, donde teníamos el campamento, pasaba un pequeño arroyo con agua sabrosa y cristalina y sobre sus orillas crecían algunos arbustos bajos aquí y allá. Después de descargar y desensillar los caballos los soltamos pero con las patas delanteras "maneadas". Investigando el suelo descubrimos que indios Ona habían tenido su campamento escondido por los matorrales. El pequeño fogón era de esa misma mañana.

La emboscada

Después de armar el campamento temprano como de costumbre, puse mi rifle al hombro y me fui caminando por uno de los valles. Subiendo un cerrito a unos kilómetros de distancia del campamento encontré los pastos quemados y el suelo completamente tiznado. Subí con cuidado gateando hacia la cima y en el último tramo me fui arrastrando sobre el suelo; de haber alguien acechando por los alrededores que desde ahí arriba podía divisar no creo que pudiera distinguir más que la copa de mi sombrero. Como siempre no pude descubrir ningún indio pero sobre la otra ladera del valle observé tres guanacos y adiviné por su comportamiento y sus cuellos estirados que ellos sí ya habían avistado la copa de mi sombrero a pesar de mi gran prudencia. El valle era bastante ancho y calculé mi distancia a 200 metros, aunque después descubrí

que fue más cercana a 300 metros. Con la intención de darles una alegría a mis compañeros, sabiendo cuánto apreciarían un asado de guanaco, el corazón y los riñones, calcé mi rifle y desde mi posición tirado panza abajo apunté cuidadosamente como siempre, al flanco del animal en la posición más ventajosa y apreté el gatillo, espiando el resultado quedándome inmóvil.

Por la tierra que se levantó justo debajo del animal entendí como era la situación. Rápidamente apunté a 300 metros y ahora retumbaba el segundo tiro por la estepa y simultáneamente el animal cayó al suelo como alcanzado por un rayo. Esa bala dió en el blanco, pensé mientras subía la colina con las manos y la ropa tiznadas después de arrastrarme por el suelo y bajaba por el otro lado cruzando el valle al encuentro con mi presa, que era un macho adulto. Contento abrí el animal a la manera de cazador antiguo, separé un sabroso trozo de carne, el corazón y los riñones.

Ese procedimiento fue interrumpido por un suceso totalmente inesperado que por poco hubiera frustrado el intento de conseguir clavos y me hubiera mandado para siempre a la eternidad allí mismo en Tierra del Fuego. Estaba inclinado sobre mi presa sin sospechar nada cuando de repente escuché el zumbido de una flecha que se enterró a pocos metros delante de mi guanaco. Inmediatamente y justo a tiempo me tiré al suelo, a falta de otra protección, detrás del cuerpo del animal y varias flechas más pasaron zumbando sobre mi cabeza. De una colina bajaron corriendo un grupo de indios Ona, hombres altos y fornidos y con gritos ensordecedores, que deben haber pensado que yo ya estaba en camino a mejores pasturas, allí tirado detrás de mi presa.

Pero yo estaba dispuesto a defenderme hasta el final, a pesar del momento horrible que estaba atravesando, con los indios viniendo en carrera derecho hacia mí. Ahora valía más que nunca con sangre fría hacer uso de mi rifle con el cual yo no erraba el fondo de una botella a la distancia de 100 a 150 metros. Aunque acá se trataba de una situación de vida o muerte, estaba decidido hasta el final a no matar si eso se podía evitar. Por supuesto que estos salvajes no se imaginaban que mi presencia en su tierras legítimas venía por unos paquetes de clavos y no buscando sus vidas. No hicimos el viaje para cazar indios como si fuesen animales desalmados.

Hice un rápido reconocimiento de la situación allí tirado a lo largo del cuerpo del guanaco y con el rifle apoyado sobre el cuerpo del animal. El indio que venía corriendo en la punta, gritando y con el arco levantado sobre la cabeza como vencedor estaba por tener pronto un encuentro poco agradable con mi caño de fuego al tenerlo yo a una distancia de 100 metros. Ahora lo tenía a mi alcance. Con la mira no busqué su pecho sino la mano en alto sosteniendo el arco. Salió el primer tiro con la consecuencia que el arco se astilló en mil pedazos y simultáneamente el indio cayó para atrás. Si le faltaba un pulgar o un dedo de su mano, en eso no tenía tiempo de pensar, pero el próximo Ona que tensó su arco arrodillado recibió mi bala de la misma manera pero probablemente con consecuencias más graves que el primero debido a la posición en que estaba en el momento del impacto. Cayó sobre la cara y durante un instante quedó allí como muerto, pero al instante número uno y número dos se levantaron y huyeron como si el demonio les hubiera entrado en el cuerpo. Al ver caer y huir a sus guerreros más valientes los otros indios vacilaron, y al salir la tercera bala confirmando así que el caño de fuego todavía estaba en actividad, se retiraron.

Pero lamentablemente allí llegaron los refuerzos de unas docenas de indios y después de un breve consejo de guerra parecían estar dispuestos atacar de nuevo. Todavía tenía muchos cartuchos, pero temía que algunos indios decidieran rodear las colinas y atacar simultáneamente por adelante y por atrás.

No pasó mucho tiempo antes de que bajaran una veintena de Onas de nuevo, corriendo y gritando como demonios, y a una distancia de 300 metros una bala salió del caño de mi arma y se fue a su encuentro con la consecuencia que un guerrero cayó haciendo tumbos. Eso detuvo a los otros, que se tiraban entre las matas de pasto y se esfumaban como perdices, pero inmediatamente salían corriendo de nuevo disparando un enjambre de flechas hacia mí. Pero en esa situación de lucha tan crítica se escucharon tiros repetidos desde el valle más abajo, con la consecuencia que los indios ahora espantados huyeron y desaparecieron entre las colinas.

Eran mis compañeros allá abajo en el valle que desde el campamento habían escuchado mis tiros y sospechando que algo andaba mal salieron corriendo en mi dirección, sin siquiera buscar los caballos, y empezaron a disparar con sus carabinas. Sin duda a ellos les debo mi salvación de última hora.

Continuando hacia el oeste

Los refuerzos realmente habían llegado a último momento. Allí tirado sentí todo el cuerpo adormecido después de vivir esos minutos de extremo nerviosismo y a mi encuentro llegó corriendo el catalán encontrándome algo pálido. Un fuerte apretón de manos dijo más que muchas palabras. Pasado el susto y volviendo caminando al campamento con los deliciosos bocadillos del guanaco que yo había cazado me reprendieron advirtiéndome severamente que en este territorio, no debía nunca más alejarme solo del campamento, y sobre todo no a pie. Creo que el reto fue innecesario después de lo vivido.

Esa noche dormimos poco y al escuchar el grito de una lechuza interrumpiendo el silencio de la noche, buscamos instintivamente nuestras armas, pero aparte de eso las horas pasaron sin novedades.

En la madrugada después de tomar nuestro mate y haber asado sobre las brasas de un pequeño fuego los deliciosos bocadillos del guanaco que yo había cazado, ensillamos los caballos y continuamos viaje. Seguíamos en dirección oeste atravesando nuevas tierras desconocidas pero parecidas a las anteriores.

Saliendo del campamento pasamos por el lugar de la "batalla", porque yo quería verificar si el indio alcanzado por mi bala estaba todavía allí sobre la ladera. Pero lo único que encontramos fueron rastros de sangre menores, lo que me convenció de que mi arma a la distancia de probablemente más de 200 metros, había logrado poner el plomo en el blanco elegido por mí, que era el brazo derecho del indio que sostenía el arco y con el cual él tenía la intención de poner fin a mi existencia.

Después de otro día de cabalgata nos encontrábamos ya más cerca de la costa oeste, quedando más lejos las colinas y recorriendo un terreno más llano. Al día siguiente armamos el campamento temprano calculando llegar a nuestro destino el próximo día. Las guardias nocturnas se asignaban por sorteo y para eso usábamos tallos de hierbas de diferentes largos. Pasamos la noche sin sobresaltos y temprano estábamos cabalgando nuevamente. Sobre un lago pequeño vimos cerca del mediodía algo sorprendente. Sobre la calma superficie vimos una bandada de centenares de

cisnes blancos con cuello negro. Esa flotilla majestuosa se desplazaba con lentitud alejándose de la costa al pasar nosotros y ahora con rumbo al norte no tardamos mucho en avistar la estancia de los ingleses. Sin la ayuda de mapa o brújula alguna habíamos apuntado bastante bien.

No hay clavos

Como es habitual en las estancias sudamericanas fueron los perros los primeros en dar la bienvenida a los visitantes y eso con muchos ladridos. Pronto salieron de un galpón dos hombres jóvenes que nos invitaron a desensillar y nos dieron la bienvenida. Eran escoceses o ingleses y cuando escucharon que yo hablaba su idioma nos recibieron con aún mayor amabilidad. Nunca supe si los jóvenes y sus padres eran los dueños de la estancia con las 50.000 ovinos pero cuando yo dije "we are looking for nails" se rieron a carcajadas y opinaron que mejor hubiera sido no haber hecho semejante viaje. Cuando me llevaron a un depósito me convencí que no tenían clavos de sobra. Ciertamente había unos paquetes con clavos de 5 y 6 pulgadas, no más chicos, y tengo que decir que fueron muy generosos en el reparto al regalarnos un paquete.

Después encontramos algunos clavos en las viejas pilas de cenizas. Realmente hubiéramos necesitado varios cajones de clavos y nuestras cabalgaduras seguramente hubieran sonreído contentas de haber sabido de lo que se salvaron al no tener que regresar atravesando Tierra del Fuego cargados de cajones cargados de clavos.

Esa noche dormimos en la estancia y conversando tocamos el tema de la vida de los indios. Contó uno de los jóvenes que en una noche perdieron cerca de 3000 ovinos que los indios sacaron del corral, pero como las Onas en un día no podían consumir tanto los mataron y los tiraron al arroyo, convencidos que la carne se podía conservar bajo el agua. El valor de una oveja en estos tiempos era de una libra esterlina y en una noche perdió la estancia más que 50.000 coronas (el valor del año 1891).

Después de este episodio los indios fueron perseguidos y hubo crueles matanzas. Hubo crónicas de otros incidentes semejantes.

La lechuza de Don Eduardo

Al día siguiente nos despedimos de nuestros amables anfitriones ingleses e iniciamos el retorno a la costa este de Tierra del Fuego o a San Sebastián pero ahora yendo más al norte y más cerca de la costa y del Estrecho de Magallanes.

El mismo día que llegamos al campamento, por la mañana, vi desde lo alto de mi caballo una lechuza bastante grande sobre la ladera de un cerrito. Pensé cazarla pero me pareció que era un ave joven que todavía no sabía volar, viendo que se desplazaba poco. Apuré mi caballo y perseguí a la lechuza que solamente volaba tramos cortos y enseguida quedaba extenuada. Entonces bajé del caballo y conseguí apresarla. Al principio estaba inquieta pero de a poco al ver que no le pasaba nada se calmó, y se quedó sentada adelante mío sobre la montura. Pienso que esa lechuza no estaba acostumbrada a la altura, aún no tenía experiencia de haber estado sobre un árbol, arbusto o roca, y le divertía estar en esa posición alta sobre mi caballo, la encontraba interesante.

Como yo había pensado al principio resultó ser un pichón con poca habilidad de volar pero creció rápidamente durante mi estadía en el destacamento policial, gracias a

la carne fresca de guanaco que le proveía. Pronto se volvió mansa y fue una compañera bastante divertida durante largo tiempo.

Yo acostumbraba salir por las tardes a caminar por los cerros y a la lechuza le encantaba acompañarme, posada sobre mi cabeza. Pasaba la noche sentada en un rincón de mi choza de turba, girando su cabeza en un gesto cómico característico, y como si hubiera querido hablarme.

Una noche dejé a mi pequeña amiga sentada en la cima de un cerrito pero atada a un largo cordel que estaba fijado a un poste. Lo hice con las mejores intenciones para darle más libertad y la posibilidad de cazar algún tuco-tuco de los tantos que salían de noche de sus cuevas. Al día siguiente temprano volví para ver cómo había resultado el experimento, pero para mi gran pesar no encontré ningún rastro de mi querida lechuza.

Lo más probable era que un zorro durante la noche la hubiera cazado, o que ella hubiera logrado soltarse y volado a buscar sus compañeros en las inmensas estepas.

El paisaje y el terreno que recorrimos al regresar eran en general muy similares a los del camino de ida y llegamos sin nuevas aventuras.

De vuelta en el destacamento policial en la Bahía de San Sebastián

De vuelta en el destacamento policial vi que mis carpinteros con tarugos habían logrado levantar el armazón de la cabaña, y usando los clavos traídos conseguimos usando largos listones armar las paredes provisoriamente y ponerle el techo a la obra.

Volví a salir a cazar guanacos y las piezas fueron colgadas de los ganchos a medida que yo las iba trayendo. Pedí a los hombres que al bajarlas de allí fueran cuidadosos y que se fijaran especialmente bien por si había quedado alguna punta de flecha en la carne de algún animal ya que también los indios los cazaban. Yo ya tenía una punta de flecha y después encontré dos más.

El material usado en esas tres puntas de flecha era granito y la forma era preciosa. Era increíble cómo esos hombres primitivos supieron fabricar con tanta maestría sus puntas de flecha. Escuché comentarios de que ellos usaban como herramienta algún pedazo de hierro o algo semejante, posiblemente encontrados a lo largo de las costas. La piedra de granito se calentaba en el fuego y después sacaban astilla tras astilla de la piedra de a golpecitos y así alcanzaban la forma deseada. Qué dedicación y cuánta paciencia se necesitaban para esta tarea.

Dos de las puntas de flecha encontradas por mí se habían incrustado en las vértebras, confirmando que su fuerza de penetración era considerable. Tenía las puntas de flecha muy bien guardadas y después me las llevé de vuelta conmigo a Europa. Pero durante un viaje que yo hice a Suecia, entraron ladrones a mi departamento en Hamburgo y lamentablemente se perdieron esas puntas de flechas que yo había engarzado en oro para usarlas como alfiler de corbata.

Una vez fui al lavadero de oro del ingeniero Poppers donde su hermano era capataz. Allí varios de los trabajadores eran austríacos, y me contaron que hacía unos años atrás algunos de ellos cansados de la vida sobre esas costas desoladas e inhóspitas decidieron irse y caminando intentaron llegar a la costa para después embarcarse en algún buque para cruzar "Bahía Inútil" y llegar a Punta Arenas. De ellos

no se supo nada nunca más pero posteriormente se encontraron restos de ropa que hacía pensar en un ataque fatal por parte de los indios.

Un día andando en mi caballo por la costa vi algo que de lejos parecía ser el casco de un barco. Apuré mi caballo y llegué pronto. Resultó ser el cadáver de un enorme elefante marino depositado sobre la playa por las olas. Había sido un animal de grandes dimensiones y allí tirado parecía una oscura roca alisada por el mar. Verdaderamente un hallazgo raro.

Vagabundeando sobre la estepa ondulada logré en más de una ocasión cazar abundantes zorros y perros salvajes, los primeros de tamaños inesperados en comparación con nuestros zorros europeos.

Los perros eran algo parecidos a los de New Foundland (Terranova) por su pelaje y forma pero no tan grandes. Las pieles eran vistosas, de color marrón y blanco y más adelante envié algunas a mis tierras natales.

Dos franceses, de ellos uno asesino, restos de naufragio y lavado de oro

Nunca llegó a molestarme la vida monótona del destacamento policial, y vagabundeaba en todas direcciones montado en mi caballo sintiéndome el más feliz de los mortales cuando me alejaba a solas por las cerros y los valles en la libertad de la naturaleza de Dios.

Pero un día la paz del destacamento fue interrumpida por el gruñido de los perros al llegar al campamento un pequeño individuo flaco montado en su caballo y con su perro y con sus pertenencias a la rastra. Resultó ser un francés dueño de un pequeño almacén en la costa oeste, que en un momento de ira había matado a un pendenciero buscador de oro. Súbitamente tuvo que huir, y juntando sólo lo indispensable y acompañado por un compatriota cruzaron a territorio argentino. A pesar de este antecedente el pequeño almacenero era un alma bastante civilizada, despierto y divertido y era fácil adivinar su origen por su forma de pronunciar el español. No tenía reparos en contarnos abiertamente lo que había sucedido del lado chileno de Tierra del Fuego y de hecho el asunto no le preocupaba a nadie, incluyendo al comisario de policía.

Obviamente no era conveniente para el francés quedarse en el mismo lugar mientras lo buscara la policía chilena. Su compatriota lo había dejado y se había dirigido hacia el norte en busca de arenisca de oro a los valles con pequeños arroyitos que desembocaban al mar por el Estrecho de Magallanes. A mí me entusiasmaba la idea de participar en una experiencia primitiva de lavaje de oro y más aún poder cortar oro con cuchillo, y acordé con el pequeño francés hacer una expedición limitada a uno de esos arroyos.

Durante la cabalgata hacia el norte logré cazar un guanaco, y esa carne resultó ser el alimento principal entre nuestros escasos víveres. Por alguna razón que no logré entender el francés empezó a tirar con su revólver, bala tras bala apuntando a su perro, pero no creo que fuera la primera vez, porque el perro saltaba zigzagueando de un lado para el otro, con el resultado de que yo quedaba en la línea de tiro, cosa que no me gustaba para nada.

Entonces saqué rápidamente mi compañero de caño largo y le dije que si no dejara de tirar inmediatamente yo replicaría de la misma manera. Eso tranquilizó al hombre

furioso, y después de haberlo retado e informado que no seguiría con él si reincidiera en semejante conducta, continuamos el viaje.

El francés estaba equipado con una pequeña carpa. Llegando al atardecer a un valle grande que desembocaba en el Estrecho de Magallanes decidimos armar allí el campamento. Con un arbusto, una especie común de la zona que crecía allí hicimos un fuego y fumamos una pipa mientras la carne de guanaco se asaba sobre las brasas. Desde el valle brumoso más abajo llegaba el sonido de las olas rompiéndose contra las empinadas rocas de caliza, el único sonido interrumpiendo la tranquilidad.

De repente vimos algo oscuro entre las brumas que aparecía y desaparecía de a cortos intervalos. Agarramos nuestros rifles y a toda prisa fuimos corriendo en dirección a la desembocadura del valle al mar. Allí para nuestra gran sorpresa encontramos al compatriota del comerciante sacando cajones, uno tras otro, de las olas, lo que explicaba lo avistado desde nuestra carpa. Leímos de pasada lo que decían las etiquetas de los cajones y nos enteramos que contenían aceite comestible de calidad inmejorable de la marca Lucas. Que inmediatamente nos sumamos a la tarea de la pesca con gran entusiasmo no hace falta decir. Al son de las olas seguimos trabajando casi sin parar toda la noche a pesar de la profunda oscuridad, con el resultado que llegando la madrugada teníamos 700 cajas salvadas de la valiosa mercancía.

Por la mañana y a la hora de la marea baja, surgía a la vista el fondo plano de un ancho de aproximadamente 30 metros y cubierto con arena muy fina compactada y dura como asfalto, y ante nuestros ojos se desplegaba un panorama sorprendente nunca visto por nadie antes.

Sobre este fondo duro arenoso vimos desparramados por doquier cajas y cajones de todos los tamaños, así como también multitud de tambores y enormes quesos suizos en sus envolturas sólidas, "and last but not least" enormes cantidades de velas espiraladas, estriadas y lisas y de calidad superior y de todos los colores del arco iris, con sus cajas destrozadas por las rompientes y llevados a la playa por las olas y depositadas allí y desparramadas sobre todo el fondo plano, duro y arenoso.

Era obvio que un barco se había perdido, e inmediatamente nos dispusimos a rescatar naufragos, sin encontrar ninguno. Afortunadamente, no se perdió ninguna vida, como se supo al conocerse más sobre el hecho unas semanas después. Debido a una gran rotura y por la necesidad de acercarse a algún puerto un transatlántico alemán había encallado sobre un banco de arena en la costa norte del estrecho aproximadamente enfrente de donde nosotros nos encontrábamos. Por la tormenta y las olas el barco naufragó, con la consecuencia de que todo lo que podía flotar llegó con el tiempo a las costas de Tierra del Fuego. Sobre nuestra costa nosotros fuimos los primeros en descubrir la catástrofe, y fue para nosotros el comienzo de una gran fiesta como probablemente nunca nadie anteriormente en circunstancias similares hubiera experimentado.

El barril con vino de Bordeaux parado en la arena fue rápidamente liberado de su tapa con la ayuda de un hacha y usando nuestros sombreros como jarras logramos llegar a esa bebida de los dioses. Un queso suizo con un diámetro de 1.5 metros fue destripado y ciertamente hubiera sido necesario tener estómagos tan buenos como los de los Onas para sentirse bien después de consumir allí parados en el lugar semejantes cantidades de queso y vino.

Era de verdad como en un cuento de hadas, y nos sentíamos en el paraíso, después de la interminable dieta de carne de guanaco y sopa de harina de maíz.

De no ser por el intenso deseo de salvar todo lo posible nos habríamos matado comiendo y bebiendo.

Afortunadamente para nosotros era necesario aprovechar la marea baja para andar con los caballos sobre la dura superficie arenosa de la playa. Entonces seguimos media milla en dirección al oeste y sobre esta extensa superficie estaban desparramadas las velas de todos los colores. Encontramos un enorme barril casi del porte de un hombre que no logramos abrir con nuestras herramientas, y nos quedamos con la intriga sobre su contenido. Abrimos un cajón que contenía cientos de pañuelos de seda, y otro que tenía relojes suizos para la pared con los mecanismos depositados sobre el fondo del cajón y todas las partes de madera anteriormente unidos con pegamento, desprendidas y flotando desordenadamente. Estas cosas fueron solamente una pequeña parte de lo encontrado.



El sombrero de Edvard interviene en varias ocasiones a lo largo de su relato. Cuando lo atacaron los Onas se preocupó de que lo descubrieran por estar a la vista la copa de su sombrero. Cuando Edvard y los franceses abren un barril de roble conteniendo vino usan los sombreros como jarras. En todas las fotos del álbum que Edvard mandó a su madre, los hombres llevan sombrero, como en esta foto que refleja los desconsolados e interminables viajes sobre las estepas patagónicas.

Las olas arrastraron los restos del naufragio a territorio chileno, y lo rápidamente las autoridades chilenas en Punta Arenas se hicieron cargo.

Temprano una mañana abandonamos a su suerte todas esas maravillas y volvimos al destacamento policial y allí contamos las nuevas. Lo único que pudimos llevar con nosotros fueron varias docenas de pañuelos de seda y grandes pedazos de los deliciosos quesos de los cuales salvamos varios.

Camino al campamento pasamos por un arroyo y sacamos el artefacto usado para el lavaje de oro. Consistía en una palangana de latón y no resultó ser tan exitoso en

comparación con los nuestros hallazgos de los días previos, a pesar que encontramos pequeñas láminas de oro entre el polvillo ferroso remanente en el fondo de la palangana.

Pocos días después falleció el hermano de Poppers de tuberculosis. En la orilla pedregosa del río cavaron una fosa y durante una sencilla ceremonia bajaron el cajón mientras algún buscador de oro más audaz que yo leía algo parecido al ritual de sepelio. Para dar más solemnidad a la sencilla ceremonia se encendieron cientos de velas traídas del lugar del naufragio. Todavía quedaban miles de velas a lo largo de las playas. Julius Popper, ingeniero y hermano del difunto, había nacido en Rumania y era el único que a una escala mayor y con maquinaria sacaba oro de la arenisca del Páramo.

Ese Popper era todo un personaje. Pienso que seguramente sufría de megalomanía. Sin duda eran grandiosos los proyectos que él con gran energía intentaba convertir en realidad. Popper pagaba con monedas de oro con sello propio y también imprimía sus propias estampillas.

Unos años después de mi estadía en Tierra del Fuego supe que mientras Popper se encontraba en Buenos Aires a punto de hacer una expedición a las Islas Shetland en el territorio de la Antártida, una mañana lo encontraron muerto en su cama. Se murmuraba que había sido envenenado pero eso nunca se supo definitivamente.

La llegada de una pobre india ona y sus dos hijos

Estábamos en el mes de julio, tiempos de invierno en Sudamérica. Las lagunas se cubrieron de hielo y durante una semana aproximadamente hubo suficiente nieve para que la estepa se viera toda blanca. Yo me había mudado de mi choza de turba a un pequeño cuarto dentro de la obra y no sentía frío a pesar que mi termómetro traído de Suecia marcaba doce grados Celsius bajo cero. Yo había "tapizado" el techo, las paredes y el piso de la pieza con cueros de los guanacos cazados por mí, con la consecuencia que se transformó en un lugar abrigado y sin chifletes.

Con semejante frío y con toda la estepa blanca por la nieve recibimos una visita inesperada. Vinieron al campamento caminando una mujer Ona junto con una niña y un varón y se necesitó todo nuestro empeño para evitar que nuestros perros los atacaran. Atamos los perros y por medio de señas invitamos a los visitantes a que se acercaran. Se desarrolló entonces un encuentro sin besadas de manos u otras estupideces de la civilización. Sin dar muestras de temor los indios se acercaron a un fogón debajo de los colgaderos para los guanacos y se sentaron de cuclillas. Enseguida atacaron viejos huesos ya limpiados por los perros sin prestarnos ninguna atención. Inmediatamente comprendí que el hambre y el frío del invierno habían impulsado a esta familia de indios a atreverse a hacer una visita a los blancos. Yo en esa ocasión andaba sin cuchillo pero tomé uno de la cintura de uno de los gendarmes donde siempre se llevaban estos cuchillos largos y corté unos buenos trozos de carne de un animal sobre el colgadero y se los di a la madre que las recibió sin hacer gesto alguno y las puso sobre las cenizas cerca del fuego. Pero acá no era cuestión de "asar" la carne, sino que antes que la carne se hubiera calentado siquiera los tres hundieron sus dientes sanos en la carne cruda y comieron todo hasta los huesos. Corté más carne para esos pobres seres humanos que continuaron comiendo. Yo los llamo así porque los considero superiores a muchos otros así llamados. Cuando ellos finalmente calmaron el hambre se levantaron de su posición de estar sentados en cuclillas y yo con gran curiosidad empecé a estudiar ese trío.

La madre sobre todo era muy robusta, seguramente midiendo más de seis pies y los hijos eran bien proporcionados, y todos se veían bien alimentados. La vestimenta, por así llamarla, y que supuestamente los protegía, era más apropiada para los salvajes del Pacífico que para el frío y la nieve de Tierra del Fuego.



A Edvard le sorprendió lo liviano de la vestimenta que usaban los indios durante la estación fría del año, como en esta fotografía. Es sorprendente la nitidez de la foto y su composición. La fotografía es del álbum de don Eduardo.

Tenían los pies envueltos en unos miserables pedazos de cuero de guanaco, la cintura tapada con un retazo del mismo material y sobre los hombros un trozo de cuero también

de guanaco apenas más grande que una toalla pequeña. El resto del cuerpo estaba desnudo. Es increíble que estos indios Ona pudieran defenderse con tan escaso equipamiento de las inclemencias de la intemperie durante los fríos y nevados inviernos. La repuesta la dió una vez un indio Ona estando en una misión. Un día de un invierno frío un misionero salesiano, en el lado chileno de Tierra del Fuego, preguntó a un indio como era posible que no sintiera frío. Él respondió señalando la cara del misionero y preguntándole :

“¿Acaso siente frío Ud.?”

"No, pero es la cara" contestó el misionero.

"Pues para nosotros todo el cuerpo es cara" dijo el indio

Al muchacho lo entretuve fabricándole un pequeño arco con flechas, un juego que él entendía. No demostraba gran destreza en su uso pero seguramente debido a que estaba acostumbrado a equipos mejores. Junto con otros hombres nos pusimos en una fila y al chico por medio de señas le indicábamos que intentara pegarle a uno de nosotros en especial. Era divertido entonces ver que apuntaba a algún otro pero justo en el momento de disparar él giraba el arco apenas y la flecha alcanzaba la persona indicada. Eso muestra un rastro representativo de estos indígenas.

Carabinas inservibles

Después de unos días la madre y la hija abandonaron el campamento pero el comisario de policía retuvo al muchacho para ser llevado a Buenos Aires. La verdad es que el muchacho en varias oportunidades hizo intentos de escapar de noche pero con el tiempo dejó de hacerlo y parecía hallarse contento en su entorno.

Mis municiones para el rifle habían mermado de una manera preocupante durante mis salidas de caza y como yo quería guardar una veintena de cartuchos para un viaje posterior a la región más al sur de Tierra del Fuego, pedí prestada una carabina del destacamento de policía. Como ya mencioné, esas armas no se consideraban peligrosas para el sujeto a quien se le disparaba, como bien pronto pude comprobar. La primera vez fue cuando en un valle me encontré con una manada de guanacos. Logré ubicarme en una posición favorable, apunté y apreté el gatillo pero sin otro resultado que todos lograran huir. Gatillé varias veces más pero con el mismo resultado deslumbrante. Verdaderamente lamentable.

Al día siguiente fuí cabalgando hasta una pequeña laguna en donde anteriormente había avistado flamencos con sus hermosos colores de diferentes tonos rosados, parados sobre una pata y probablemente meditando sobre la pobreza de los alimentos ofrecidos en esa zona. Las orillas de la laguna estaban cubiertas por delgadas costras de salitre y parecía ser una especie de sanatorio para guanacos enfermos infectados de algo llamado "sarna". Sobre las patas de los animales se formaban gruesas costras grises parecidos a la corteza de ciertos pinos. Aparentemente esta enfermedad atacaba solamente a los guanacos viejos, que se tornaban muy flacos y soñolientos y probablemente perdían también la vista.

En esta oportunidad deambulaba por allí un paciente así. Pude acercarme bastante mientras los hermosos flamencos salían volando. Me acerqué más y más al animal que no me prestaba ninguna atención, y llegado a 50 metros de distancia opiné que mi carabina seguramente podía dar fin al pobre animal.

Apunté al flanco, tiré y supongo que acerté porque el animal dió un salto, saliendo de su letargo, y se fue corriendo.

Si la bala pegó en la nalga o en otra parte no lo sé pero una cosa estaba clara y era que el impacto había sido débil. Mi desilusión con mi arma miserable era enorme y no quería abandonar el guanaco lastimado que yo entendí era el caso. Entonces volví a mi caballo siguiendo al animal con la vista, viendo como desaparecía detrás de un cerrito, pero pronto para mi gran asombro reapareció relativamente cerca sobre una colina alta, donde quedó parado.

Qué no hubiera dado yo en ese momento por tener un equipo completo de explorador, con buenas armas y todo lo necesario. Repasé mi equipo; había traído conmigo de Suecia un excelente cuchillo de Eskilstuna con su vaina, pero durante una de las primeras salidas a cazar con perros lo había perdido durante una carrera. A nadie en el campamento le sobraban cuchillos y más valía quedarse en casa que salir a cazar sin cuchillo. Así que había tenido que conseguir un cuchillo de cualquier forma y revolviendo entre las herramientas descartadas de los carpinteros encontré un trozo de la hoja de alguna vieja sierra, al cual, sin limarle los dientes, le agregué un mango de madera. Al lado opuesto lo afilé y así conseguí un cuchillo y un serrucho. El serrucho resultaba ser muy útil al descuartizar los animales cazados pero como cuchillo la hoja resultaba ser muy blanda.

Acá me encontraba en cambio, solo en la interminable estepa de Tierra del Fuego y en vez de estar cazando guanacos con una carabina inservible más me hubiera valido tirarme al sol en la cumbre de algún cerro y desde allí contemplar las extensiones, meditar y dejar que mis pensamientos visitaran a los parientes y amigos tan alejados de esta parte de la tierra.

Volviendo a mi cacería: allí arriba sobre la colina estaba el guanaco inmóvil y se me ocurrió que podría ir hasta allí y matarlo con mi flamante cuchillo. Envuelto en mi poncho, una manta con un agujero en el medio para poder pasar la cabeza, que es la prenda universal de los campesinos en toda América del Sur, y dejando mi caballo para poder moverme con más libertad, subí la colina, bastante empinada, y así fui caminando lentamente acercándome al animal herido.

Llegando a pocos metros de distancia el guanaco hizo un movimiento brusco y salió corriendo bajando hacia mí. En ese momento le clavé el cuchillo en el pecho por lo cual recibí un golpe fuerte del animal con la consecuencia que me caí y salí rodando cuesta abajo. Al mirar mi cuchillo de caza no sabía si reírme o maldecir porque la hoja se había doblado casi en ángulo recto al mango al impactar con la pelambre y el cuero resistente del animal. Sin embargo ahora tenía que dar fin a esta lamentable cacería, y como había comprobado que era posible acercarme al animal, fuí corriendo junto a mi caballo a buscar la carabina y de nuevo me acerqué al animal que se había parado mas abajo, y con el cañón casi tocándolo apreté el gatillo...y oh sorpresa la bala alcanzó el blanco y el animal cayó. La carne era por supuesto inservible pero saqué pedazos de la "sarna" y los guardé en una cajita de fósforos para después llevarlos a algún instituto bacteriológico en Buenos Aires para ser examinados. Ahora ya estaba harto de esa inservible carabina de la fuerza policial, y con mi caballo trepé hasta la cumbre de un cerrito cercano, y haciéndole un apropiado discurso de despedida clavé la punta del cañón en la tierra allá en la cima donde quizás esté aún, salvo que alguien lo hubiera encontrado.

De nuevo embarcados en el buque de vapor fabricado en Motala y con rumbo a Punta Arenas

Habíamos llegado al mes de septiembre y empezaron a escasear seriamente nuestras provisiones, como azúcar, yerba, maíz molido y galletas marineras, y hasta la sal se había terminado. Cierto es que recogíamos sal de la laguna ya mencionada pero estas costras de sal contenían impurezas y seguramente otros ingredientes poco aptos para nuestra digestión.

Ya casi había pasado medio año desde mi llegada a Tierra del Fuego y un día avistamos el humo de un vapor, y grande fue nuestra alegría al verlo entrar en la Bahía de San Sebastián y allí bajar el ancla. Era el mismo buque que nos había dejado unos seis meses antes y como el tiempo ahora era bueno, había una brisa suave y poco oleaje, fue posible desembarcar los provisiones y otras necesidades sin grandes inconvenientes. A bordo se encontraba entre otras personas nuestro Gobernador y como mi misión en la parte norte de Tierra del Fuego había concluido, subí a bordo para seguir viaje a Punta Arenas y Ushuaya.

Al día siguiente cambió el tiempo y se desató un viento furioso del suroeste. Levantamos el ancla y al reparo de la costa entramos a todo vapor a la embocadura del Estrecho de Magallanes. Adentro del estrecho teníamos la corriente entre el Pacífico y el Atlántico en contra y en los lugares más estrechos se convertía en una marejada poderosa. Sumada al fuerte viento del oeste casi no nos permitía avanzar. A todo vapor, el buque apenas se desplazaba, cosa fácil de constatar al tomar la costa como referencia. Después del largo viaje desde Buenos Aires nuestro depósito de carbón se encontraba casi vacío, y tanto el capitán como todos los pasajeros estuvimos hartos contentos cuando finalmente conseguimos entrar en el puerto de Punta Arenas por la tarde.

Repetidamente se ha descrito cómo se sienten las personas que durante largo tiempo han vivido en la naturaleza, al encontrarse descansando en una cama con sábanas limpias, sentarse en una mesa bien puesta y estar entre gente civilizada, así que mucho no tengo que decir.

Me sorprende cómo ha cambiado Punta Arenas, el origen de mi relato, así también como las circunstancias en Tierra del Fuego de 42 años a esta parte. Cuando yo atravesé Tierra del Fuego a caballo al encuentro de la estancia inglesa sobre la costa oeste eran ellos los primeros y los únicos pioneros y después de haber sufrido grandes dificultades durante varios años y con mucho trabajo habían llegado a ser los dueños de aproximadamente 50.000 ovinos. Hoy (1933) la empresa "Exportadora & Importadora de la Patagonia y Tierra del Fuego" son los únicos dueños de 400 000 ovinos y se calcula que en todo el territorio de Tierra del Fuego hay más dos millones!

Ahora existen grandes mataderos y frigoríficos en algunos lugares y sus dueños han construido edificios como palacios y solamente habitan allí durante cortos periodos del año, mientras que sus "Mayor Domus" (mayordomos) se encargan de todo. Punta Arenas tenía 1800 habitantes cuando yo llegué en 1891. En 1924 habían 39.999 y ahora debe haber 50.000 habitantes o más (*Nota de Ingmar Bergstrom: en el 2004 superaban los 100.000*).

Vuelvo a mi estadía en Punta Arenas, que duró apenas unos pocos días. Lo que más me

interesó fue ver unos altos y espléndidos indios Tehuelches que en la ciudad ofrecían sus alfombras fabricadas con plumas de choique (una especie de avestruz), y "quillangos" colchas fabricadas con pieles de guanacos muy jóvenes, una prenda hermosa y sumamente liviana. El gobernador ahora me pagó mi sueldo con pesos argentinos (papel moneda) y me aconsejó usarlo para comprar calzado robusto, chalecos de cuero, pulloveres, ropa interior etc. y llevar la mercancía a Ushuaya para allí ser vendidos con buenas ganancias a los buscadores de oro que siempre pagaban con arenisca de oro. Eso hice pero resultó que en Ushuaya había mercancía así de sobra y no logré vender nada. Finalmente antes de abandonar ese lugar y volver a Buenos Aires logré vender todo a un empleado de la gobernación recibiendo en pago una botella llena de arenisca de oro. Ese oro lo vendí allí mismo y todo el negocio cerró sin ganancias.

Con tiempo inmejorable salimos con el vapor de Punta Arenas en la misma embarcación fabricada en Motala que nos había traído, y me es imposible describir con palabras las maravillosas y grandiosas escenas que se nos presentaron durante ese viaje a Ushuaya. Hay que haberlo visto!



En Punta Arenas Edvard encuentra objetos fabricados por los indios con plumas de choique. Acá algunos avestruces argentinos sobre las estepas entre Río Gallegos y Calafate. Son mas pequeños que sus parientes en Africa del Sur. (Foto de I. Bergstrom de agosto 2004).

La ruta marítima a Ushuaya se estima en aproximadamente 60 millas suecas. La misma costa sur de Tierra del Fuego está separada del mar por un extenso archipiélago que se extiende hasta el Cabo de Hornos, primero por el poderoso "Canal de Beagle" de aproximadamente 37 millas suecas y así uno puede imaginar las dimensiones de ese archipiélago (ver mapa). Este archipiélago tan salvajemente quebrado continua en dirección noreste a lo largo de la costa sudamericana varios cientos de millas más. El viaje continua con rumbo hacia el sur, desde Punta Arenas aproximadamente 19

millas por el Canal de Magdalena pero después el vapor cambia el rumbo y sigue derecho hacia el oeste al Océano Pacífico y dobla por la temida "Península Bracknock" donde las espumosas olas del océano azotan furiosamente las rocas escarpadas y desoladas de la costa, y en tormentas pueden llegar hasta una altura de 50 metros.

Como ya dije teníamos tiempo inmejorable pero la marejada mantenía su rumbo majestuoso en dirección a la península y el estruendo de las olas nos llegaba desde allí. Cambiamos entonces el rumbo al suroeste y pasamos por "El Canal de las Ballenas", y después siguiendo por un canal más estrecho entramos al "Canal de Beagle" que en distintas partes tiene un ancho de varias millas y en la más angosta solamente de dos a cinco kilómetros.

El canal ahora estaba hecho un espejo y de sus negras profundidades se alzaban enormes cordilleras con cumbres hasta una altura de 2400 metros sobre el mar. Cubiertas con su manto de nieve y hielo, de aquí y de allá se asomaban amenazantes, imponentes moles de granito.



La primera foto en blanco y negro (de una enciclopedia impresa en 1927) muestra el puerto de Ushuaia

35 años después que Edvard llegara a esta ciudad con el buque a vapor "Motala" (construido en esa misma ciudad sueca). La segunda foto del mismo puerto, en colores, es relativamente nueva. Ushuaya hoy (2007) es una ciudad turística con una población de aproximadamente 50.000 habitantes.

En varios lugares a lo largo del canal se veían inmensos ventisqueros deslizándose a paso de caracol por la montaña hasta llegar abajo al canal. Esas enormes masas de hielo, algunas de un espesor de varios cientos de metros, se desmoronan desprendiendo bloques de hielo que pesan miles de toneladas y caen al canal con tal estruendo, que se escucha a varias millas de distancia. Algunos de estos ventisqueros de Tierra del Fuego tienen un ancho de hasta 5 kilómetros al llegar a la costa. Pero no solamente son esas enormes masas de hielo y nieve lo que atrapa los ojos, sino que al pie de las montañas se despliegan extensos bosques, praderas y pantanos de diferentes verdes luminosos, y repetidamente se ven arroyos como cintas plateadas volcándose por las pendientes formando cascadas de acá y allá antes de caer al canal. Delante nuestro en las aguas navegables se ven constantemente ballenas, solitarias o varias en grupo, saliendo de las aguas oscuras con los lomos curvados y lisos como rocas pulidas y a veces largando chorros de agua como fuentes, mostrando así que son seres vivos.

Era como haber llegado a un país de cuentos, terrible y angustiante por momentos y otras veces sonriente y acogedor. Pero como ya he dicho, es perder el tiempo tratar de describir esa naturaleza maravillosa.

Nos estamos acercando a un pequeño humo débil en la lejanía, y encontramos que es una canoa india que se ha cruzado en nuestro rumbo. El vapor se detiene y el capitán arrima el barco y bajando la escalera, suben a bordo algunos indios Yaganes, mientras sus mujeres y niños se quedan en la canoa, que es un tronco ahuecado. Nuestros nuevos pasajeros, que saben algunas palabras en español y en inglés nos entregan "pieles de nutria" a cambio de un jarro de té y algunas galletas marineras. Como siempre son los blancos quienes se quedan con la ganancia.

Todos las mujeres Yaganes son patizambas y caminan como los gansos, a causa de que permanecen sentadas de cuclillas en el fondo de las canoas ocupándose de remar mientras los hombres pescan, usando herramientas primitivas, siendo el pescado su principal alimento. Es penoso ver a estos primitivos indios pescadores con su harapienta vestimenta de pieles de guanaco.

Después que los indios han vuelto a su canoa continuamos el viaje y hasta Ushuaya tenemos las mismas vistas cambiantes, indescriptibles y magníficas.

Me pregunté si esto era la "capital" de Tierra del Fuego al atracar el vapor en el muelle primitivo de Ushuaya. El único edificio que vi era un especie de galpón largo con techo de chapa corrugada, más algunas viviendas y corrales para los chivos. Nada de esto me atrajo, pero sí el bosque que comenzaba a unos cientos de metros de la costa. Dejando mis mercancías y pertenencias a bordo fui corriendo a tierra firme e inmediatamente me interné en el bosque. Acá encontré semejanzas con mi terruño y disfruté mucho estar allí parado entre los árboles. Durante seis meses no había visto un árbol y ahora ver pequeños arbustos parecidos a los arándanos, matas verdes con frutos parecidos a los frambuesas y saber que estos bosques eran vírgenes e interminables era impactante. Bajé mis pertenencias a tierra y me asignaron un cuarto pequeño en el supuesto galpón anteriormente mencionado y que terminaba en un ensanchamiento en donde el gobernador tenía su despacho y su vivienda.

Los primeros días los pasé recorriendo y mirando los alrededores. A la entrada del bosque había una pequeña cabaña fabricada con troncos que servía como almacén, la única "Nordiska Kompaniet" en la "capital". El mostrador fabricado con un tablón sin cepillar cruzaba el pequeño ambiente y allí tenían una pequeña balanza que se usaba para pesar la arenisca de oro, tantos gramos en pago por la mercancía comprada. Nunca vi otra moneda en esta ciudad.

Cuando yo visité Tierra del Fuego el lavado de oro todavía estaba en sus comienzos, y un barco tras otro llegaba navegando de Punta Arenas con la intención de encontrar el tan anhelado metal que las olas habían extraído de la roca durante miles de años en el archipiélago al este y al sur y que ahora a través de primitivos procedimientos de lavado era el botín de los buscadores de oro. También se encontraba oro en los ríos y los arroyos en tierra firme. La mayoría de los buscadores de oro eran austríacos y dálmatas que arriesgaban sus vidas en peligrosas expediciones a estas lejanas islas en el mar bajo el Cabo de Hornos. Muchos perdieron la vida en la lucha contra las tormentas huracanadas que dominaban estas aguas y por depredaciones de distinta índole. Son muy pocos que tuvieron la suerte de poder "sacar lavando" una fortuna.

Fuera de estos buscadores de oro que sólo ocasionalmente visitaban Ushuaya, había una veintena de soldados, marinos y gendarmes bajo el comando del jefe de la policía, algunos empleados de la gobernación, y dos jóvenes despiertos y agradables, un oficial marino de nombre Zurueta y un sueco oriundo de Gothenburgo llamado Waern.

En una península cerca de Ushuaya había una misión inglesa y allí residían algunos indios Yaganes "que habían sido convertidos y ahora eran buenos".

Pronto obtuve el beneficio de un empleo como secretario del gobernador, una ocupación que ayudó notablemente a aumentar y mejorar mis conocimientos del idioma español. Presenté una propuesta para un plano de urbanización, midiendo y marcando calles y "plazas" por si en tiempos venideros se produjera el desarrollo de estas alejadas regiones.

Pero lo más divertido era poder hacer caminatas por la costa, juntar mejillones y "lapas" una variante de caracol que se cocinaba con harina de maíz y resultaba ser una comida sabrosa. Juntábamos también pulpitos que secábamos al sol y comíamos con buen apetito.

Abordaje de una fragata

Un día vimos con gran asombro entrar en la bahía de Ushuaya a la fragata inglesa "Beagle", que ancló a unos kilómetros de la playa y saludó a la "capital" y al gobernador con 21 cañonazos que resonaron lejos en las montañas.

Según buenas y antiguas costumbres tendríamos por supuesto que haber respondido al saludo de la misma manera pero ¿con qué? Ciertamente había unos pequeños cañones oxidados en un descanso sobre el corral de los chivos, que eran la única artillería de la que disponíamos para la defensa de la ciudad, pero lucirnos con esto en respuesta a nuestros marciales visitantes era imposible, debido a que la pólvora que también se guardaba en el mismo corral se había mojado y no servía ni siquiera para hacer chispear.

Pero el protocolo exigía que se enviara una delegación a la fragata para transmitir la bienvenida del gobernador al almirante inglés y para ese fin se consideró que el joven Waern era el más adecuado ya que había sido cadete en la marina sueca y se defendía razonablemente bien con el idioma. Pero desgraciadamente Waern no tenía ropas suficientemente presentables para semejante visita, y para desdicha mía, consideraron que yo estaba mejor equipado que Waern en lo que hacía a la vestimenta, amén de saber maltratar bastante bien el idioma inglés. Así que se decidió elegirme a mí como representante de las tierras y de "toda la población" de la desolada Tierra del Fuego.

Me vestí entonces con mis mejores ropas, una capa larga negra y un sombrero de fieltro negro. Si hubiera tenido un espejo para mirarme es posible que me hubiera tomado a mí mismo por un clérigo volviendo de una reunión con sus fieles corderos.

Se seleccionaron media docena de hombres que serían los encargados de representar a las fuerzas de la marina argentina, quienes en la embarcación asignada, un viejo bote salvavidas rescatado de algún naufragio, con gran pericia llevaron remando a "Sven - Svenssa", el sueco designado para esta misión protocolar, que era yo.

Ahora nos dirigíamos rumbo al coloso allá afuera y yo que me sentía agobiado por mi pesada responsabilidad, deseaba desesperadamente haber tenido los conocimientos de Waern sobre etiqueta marina y cómo maniobrar y proceder durante una visita a un almirante inglés.

Pero al mal tiempo buena cara. Al aproximarnos a la nave, que aumentaba de tamaño a medida que nos acercábamos, me pareció recordar allí sentado al timón un elegante ritual que había visto en alguna parte, que consistía en hacer un airoso giro elevando al mismo tiempo los remos verticalmente en el aire, justo antes de llegar al barco. Pero al intentarlo, por una desdichada maniobra de mis hombres con el bote, sólo logré hundir la proa bajo el casco del gigante, con la consecuencia que mis tripulantes rodaron para atrás y perdieron los remos. ¡Dios mío! Allá arriba sobre la borda había oficiales y unos cien marinos de la Armada Real británica haciendo honores, viendo esto.

¡Tengo que decir que allí reinaba la disciplina, porque nadie hizo el menor gesto que pudiera calificar a nuestro abordaje como una maniobra menos que incomparable!

Pero cualquier crítica posible quedó anulada cuando me vieron subir por la escala de sogas. Ahí dejé de ser el clérigo, porque siempre había tenido habilidades acrobáticas y no creo que ninguno de los uniformados presentes tuviera nada que objetar a mi desempeño. Erguido como una vara de hierro saludé a los oficiales y a la tripulación, aunque en el momento de sacarme el sombrero me parecía más a Charles Chaplin.



Durante un tiempo Edvard trabajó como agrimensor en Catamarca (en el oeste de Argentina, en los Andes al norte de Mendoza). La foto muestra un grupo de personas preparándose para el cruce de los Andes a caballo. En estas regiones Edvard consiguió la capa con la cual fue a dar la bienvenida al almirante de una fragata inglesa en Ushuaya, la futura capital de Tierra del Fuego.

Enseguida un oficial me acompañó a la popa hasta el camarote del almirante a recibir la bienvenida. Era muy distinto del cubil que yo habitaba en Ushuaya capital. El almirante era un caballero muy distinguido ya entrado en años, y en mi calidad de representante del gobernador me dió la bienvenida, y yo como pude le transmití a mi vez los mejores deseos del mandatario. A partir de ese momento la conversación empezó a fluir más libremente. Entonces le mencioné que si solamente hubiéramos tenido pólvora hubiéramos podido hundir la fragata del almirante con nuestra artillería pesada y eso sin mencionar la salva de bienvenida, pero que nuestras excelentes intenciones se frustraron al mojarse nuestra pólvora depositada en el corral de los chivos.

El viejo sacó habanos y me convidó con whisky. Fue extremadamente amable y cortés pero yo me ceñí estrictamente a la etiqueta, despidiéndome al tiempo estipulado, y en nombre del gobernador invité al almirante a bajar a tierra para inspeccionar nuestra artillería en el corral de los chivos.

Mientras tanto mis muchachos habían sacado sus remos del agua y saludando con la mano a los oficiales marineros parados sobre la borda emprendimos la vuelta a Ushuaya.

Gracias a mi larga capa negra confeccionada en una ciudad llamada Catamarca en la cordillera se me había dado esta oportunidad de estrechar la mano a un almirante británico, un verdadero “gentleman”.

Al día siguiente el almirante retribuyó la visita y todas las maravillas de la capital, que ya mencioné anteriormente, le fueron reveladas.

Franceses interesados en los bosques de hayas sobre el Canal de Beagle

Al mes aproximadamente llegó un francés a Ushuaya con la intención de investigar las posibilidades de explotación de los bosques y la instalación de un aserradero. En su embarcación, algo parecido a nuestros lanchones costeros, y con un bote a remo hicimos con el francés, Waern, Zurueta y yo una expedición hasta "La Pataya", una bahía aproximadamente a dos millas al oeste de Ushuaya sobre el canal de Beagle.

Salimos un día soleado pero con tiempo ventoso y ya afuera de la bahía de Ushuaya una fuerte ráfaga de viento nos quebró el mástil del velero, lo que nos obligó a buscar reparo en la costa más cercana. Allí nos quedamos varias horas mientras el viento amainaba y pudimos reparar el mástil en forma provisoria. Continuamos el viaje con el francés y Zurueta en el velero mientras que Waern y yo remábamos en el otro bote. Para los dos fue un fuerte ejercicio que se sentía en cada músculo y tendón y casi exhaustos logramos llegar a nuestro destino.

Entrados en la bahía de La Pataya desembarcamos y nunca he visto una región en Tierra del Fuego con pasajes más cautivantes. Praderas sonrientes, de suaves ondulaciones, tapizadas con abundantes flores de todos los colores alegraban la vista. Bosques de hayas como parques realzaban la belleza del entorno y por ese paraíso de la naturaleza serpenteaba un río bastante ancho que desembocaba en la bahía al mar. En el lugar en el que desembarcamos el río se dividía en dos brazos rodeando una pequeña isla cubierta de pastos y flores. El agua del río corría cristalina sobre el fondo compacto y cubierto de arena fina. ¡Que lugar más idílico para hacer una colonia!

Mientras el francés estudiaba el bosque me fui remontando el río a pie y un poco más arriba de la isla en uno de los brazos encontré que se había formado una hermosa cascadita. ¡Cuales no eran las posibilidades aquí! Me alejé del río y subí por una morena boscosa para ver el paisaje más tierra adentro. Y allí se desplegó ante mis ojos un panorama que nunca voy a olvidar.

En dirección noroeste se veía un lago angosto aproximadamente de una milla y media de largo y en su superficie azul - violeta se reflejaban las montañas empinadas. La parte norte del lago terminaba en un ancho valle y más allá, como a través de una fina bruma púrpura, se elevaban inmensas cordilleras con cumbres cubiertas de nieve. Llamé entonces a Zurueta y Waern para mostrarles aquella vista soberbia, y ellos quedaron mudos al lado mío contemplando la belleza de la escena.

Nos sorprendimos a nuestro regreso a Ushuaia cuando hicimos indagaciones, ya que a pesar de que la bahía de Pataya era bien conocida nadie tenía conocimiento de este hermoso, espléndido lago.

En el camino volviendo a los botes estuvimos de acuerdo en hacer otra expedición lo antes posible hasta la bahía de La Pataya con la intención de remontar a remo el río anteriormente mencionado, convencidos que recibía sus aguas de ese lago todavía desconocido.

Mientras tanto el francés había examinado el bosque de hayas y había encontrado que muchos de los troncos de los árboles estaban ahuecados a pesar que por afuera se veían impecables. Como fuera, tiempo después se construyó en ese lugar un aserradero.

Un intento de cortar camino a Punta Arenas. Los preparativos

En la gobernación habíamos encontrado un mapa inglés de Tierra del Fuego y allí agregamos el nuevo lago encontrado. Calculamos que la distancia en línea recta era aproximadamente de seis millas suecas hasta la parte norte del lago del "Fiordo Almirantazgo" pero nada sabíamos sobre las enormes montañas que se encontraban entre ellas, ni si era posible cruzarlas, ya que ningún hombre blanco había intentado encontrar la repuesta a estas preguntas.

Como ya dijimos anteriormente había de Ushuaya a Punta Arenas por vía marítima una distancia de aproximadamente 60 millas suecas, una ruta riesgosa llena de peligros. En cambio, desde el extremo norte de nuestro lago, aunque sólo fuera posible abrir un sendero como para andar a caballo, de abrir un paso a través de los bosques cruzando las montañas hasta el "Fiordo Almirantazgo", el camino por tierra y agua se reduciría a la mitad, o sea unas 30 millas, lo que sería un gran avance para la comunicación entre estos dos lugares.

Con Zurueta y Waern presentamos nuestros puntos de vista al gobernador que nos escuchó con gran interés pero al mismo tiempo nos advirtió que en una expedición así podían surgir dificultades desconocidas y que no teníamos equipamiento adecuado.

Ya estábamos entrando en el verano fueguino de 1892 y decidimos sin muchas vueltas lanzarnos al desafío de la expedición.

No había mucho que elegir entre los víveres que llevaríamos, y a falta de comestibles enlatados no nos quedaban más que el "charqui" (carne secada al sol), yerba, azúcar y la dura galleta marinera para ingerir durante nuestra marcha.

Tampoco teníamos mochilas y la cuestión era cómo íbamos a arreglarnos para transportar a pie nuestras provisiones, un par de medias de recambio, un pullover marino y los indispensables "quillangos". Pero uno de nosotros tuvo una buena idea. Del almacén de la marina nos dieron a cada uno un par de pantalones de hule impermeable. Con ellos improvisamos bolsones cerrando los extremos inferiores con cordel, y metimos dentro nuestras provisiones, medias etc. y los quillangos arriba de todo en la parte de la cola.

En esos pantalones de hule todas nuestras pertenencias quedaban a salvo de la intemperie. Los cargamos a modo de improvisadas mochilas, de forma que las piernas descansaban sobre la nuca y la parte inferior se sujetaba con una soga al rededor de la cintura. Así podíamos caminar cómodamente teniendo las manos libres.

Como me quedaban pocos cartuchos para mi rifle el gobernador me prestó un Winchester con municiones. No sabía con seguridad si había guanacos en los bosques tan al sur, pero de ninguna manera estaba dispuesto a emprender esta expedición sin estar armado, especialmente dado que mis compañeros iban desarmados.

Consideramos prudente y conveniente tratar de llevar con nosotros a un indio de la región, para tener el beneficio de su experiencia y conocimiento de la naturaleza, en la que los indígenas tanto nos aventajaban. En la misión encontramos un Yagan que estaba dispuesto a acompañarnos y además sabía un poco de inglés. Ese indio Yagan recibió el mismo equipamiento que nosotros.

Nuestro plan consistía en llegar remando a la bahía de Pataya y en lo posible tratar a remontar el río y llegar al lago, seguir viaje hasta su orilla norte y después investigar el terreno dentro del ancho valle.

Era obvio que íbamos que tener que armar campamento al llegar a la orilla norte del lago y de allí seguir al territorio desconocido caminando. Por lo tanto llevamos con nosotros una carpa suficientemente amplia para dejar las ropas y provisiones y un soldado del destacamento naval quien se quedaría de guardia mientras nosotros completábamos el último tramo de la expedición. Con ese centinela dejamos un rifle y municiones por cualquier cosa que pasara durante nuestra ausencia.

Con rumbo hacia el norte en bote remontando un río y cruzando un lago

Un día claro de verano estábamos nuestras cosas en dos botes, con la intención de dejar el bote mas grande en la Bahía Pataya, y partimos con el corazón alegre y llenos de esperanza de que nuestro emprendimiento tendría éxito. A vela y remando llegamos a la Bahía Pataya que nos recibió sonriente y acogedora como la vez anterior. Con el bote más chico salimos a reconocer remontando uno de los ríos y al encontrar que se hacía más profundo al llegar más cerca del lago retornamos y volvimos a cargar más enseres del bote más grande al más chico. A causa de esto nuestro botecito quedó tan cargado que encalló sobre un banco de arena, pero después de saltar al agua pudimos arrastrarlo pasando los bancos y continuar nuestro viaje en aguas más profundas.

Era toda una aventura remontar el río a remo, empujando de a ratos y sin saber qué era lo que nos esperaba río arriba. Así continuamos por aproximadamente un kilómetro bajo la sombra de las grandes hayas que crecían sobre las orillas y a medida que nos acercábamos más a la desembocadura del río, que preveíamos sin conocerla, más aumentaba la emoción.

Nos preguntábamos si no nos encontraríamos con un salto o cascada que nos impidiera a último momento acceder al gran lago. Por eso al alcanzar finalmente la desembocadura sentimos un gran alivio al comprobar que a pesar del considerable caudal el agua se volcaba del lago al río en un flujo relativamente tranquilo que nos permitió acceder al lago, que ahora se extendía delante nuestro en toda su majestuosidad, con imponentes montañas azuladas como fondo. Sin embargo tuvimos que remar muy fuerte para poder pasar por la desembocadura del río al lago, y después girando hacía la derecha desembarcamos cerca de allí.

Nos encontramos entonces en un lugar de una belleza sobrecogedora. Había un bosque selvático de imponentes hayas sobre el margen de la pequeña bahía donde nos encontrábamos, donde nos sentamos para comer algo después del esfuerzo de remontar el río. Nos fumamos una pipa y disfrutamos el soberbio encuadre natural delante nuestro. Hacía el norte se elevaban las montañas y al intentar cruzarlas dentro unos días sabríamos si serían una barrera que pondría fin a nuestro emprendimiento o si nos permitirían cumplir con nuestra misión tan audazmente emprendida.



La línea señalada en dirección noroeste marca el camino que Edvard y sus compañeros, incluyendo un guía Yagan, transitaron desde Ushuaya para llegar al fiordo de Almirantazgo. Desde allí la distancia a Punta Arenas era de sólo 30 millas.

Los cinco subimos nuevamente a bordo de nuestra pequeña embarcación, después de haber estibado cuidadosamente nuestras pertenencias. Por el peso teníamos el agua a pocas pulgadas de la borda. Más nos valiera no volver a movernos a cambiar de lugar después de sentarnos cada uno en su sitio. Dejamos la playita, y comprobamos que a pocos metros de la orilla las aguas caían verticalmente en un profundo talud. A los 20 metros de la playa tiré al agua una plomada con 100 metros de cordel para sondear la profundidad, pero no toqué fondo. Evidentemente este lago desconocido tenía una gran profundidad. Sostuvimos el rumbo atravesando el medio del lago y como había una brisa favorable izamos una pequeña vela. Más cerca de la costa norte del lago el oleaje aumentó tanto que algunas olas entraron por la borda. Con tiempo ventoso hubiera sido necesario buscar reparo en alguna playa pero afortunadamente todo salió bien y llegamos finalmente al otro extremo del lago que allí estaba bordeado de juncos.

El valle delante nuestro corría aproximadamente paralelo al lago, tirando algo hacia el este, y al no haber detectado al cruzar el lago ningún otro valle o río de importancia dedujimos que la afluencia indudablemente vendría de ese valle. Al final del lago como ya mencionamos habíamos entrado en una franja ancha de juncos pero sin ninguna apertura que sugiriera la entrada de algún río, y así no nos quedaba otra que remando internarnos entre los juncos y buscar.

Al cabo de un rato encontramos la desembocadura y remontando el río contra la bastante apreciable corriente logramos avanzar gracias a la vela, los remos y los palos para empujar hasta que encontramos una pequeña isla arenosa en el medio del río. Allí

desembarcamos considerando que era un lugar seguro para pasar la noche. No sabíamos si estábamos en territorio hostil. De nuestro bote sacamos lo más indispensable y en la playa juntamos la leña necesaria para hacer un fuego y después de una cena frugal nos preparamos para dormir bajo el cielo abierto en la pequeña isla, sin necesidad de armar la carpa.

Nada interrumpió la noche silenciosa y temprano al día siguiente abandonamos nuestra pequeña isla para reconocer los alrededores. No encontramos rastro ninguno de animales o de indios y decidimos armar nuestras carpas en tierra firme cerca de la playa del río.

Continuando a pie pasando por bosques selváticos con hayas gigantes

Ese día descansamos para poder continuar a pie al día siguiente y con la firme decisión de desafiar cualquier obstáculo que se nos interpusiera en el camino a nuestro destino elegido que era el Fiordo de Almirantazgo.

Descansados y de pie a la madrugada nuestro interés primordial era el tiempo que nos depararía la suerte. Para nuestra gran alegría parecía que los dioses estaban a nuestro favor porque el día amaneció con el cielo azul prometiendo otro día espléndido. Esa mañana comprobamos la gran sabiduría del dicho español "panza llena corazón contento" al embuchar con gran apetito todo que limitadas provisiones permitían. Luego de comprobar que no nos habíamos olvidado nada indispensable al llenar nuestros pantalones de hule, nos los colgamos al cuello y dejamos la carpa y a nuestro centinela con las palabras "hasta la vista", y él nos saludó igualmente.

Seguimos el valle aproximadamente medía milla en dirección noreste, pero pronto descubrimos que una avioneta (de haber existido entonces) hubiera sido un transporte más adecuado que andar a pie. El terreno era mallinoso y desparejo y las champas de pasto húmedo continuamente nos hacían resbalar y caer en los charcos donde nos hundíamos hasta la mitad de la pantorrilla. Y para peor los matorrales que teníamos que atravesar también dificultaban nuestro avance.

Parecía que no llegaríamos nunca al final de ese valle. Como el terreno era tan dificultoso para andar nos desviamos más hacia el norte donde un valle lateral bajaba al valle principal. Después de una nueva marcha por este nuevo rumbo pero siempre sobre terreno muy similar al anterior llegamos a una zona más boscosa, lo que nos dió ánimos de que allí la marcha sería más fácil.

A continuación un pasaje alpino

Continuamos velozmente la marcha con sol y cielo azul ahora sobre terreno alpino acercándonos al primer cordón montañoso. Subiendo, nuestro camino era cruzado por arroyos con abundante agua de las montañas y algunos tan anchos que los teníamos que vadear. El agua helada estaba tan profunda en partes que sobrepasaba mis botas de todo terreno y decidí sacármelas y pasar descalzo. Salí con los pies y las piernas enrojecidas pero era preferible eso a que se llenaran las botas de agua.

El ascenso hasta la primera cumbre fue rápido y la posibilidad de descubrir lo que nos esperaba más adelante nos impulsaba a caminar con más velocidad. Cuando llegamos arriba descubrimos que teníamos otra montaña más alta por cruzar, parcialmente cubierta con nieve. A nuestros pies había un profundo valle, y después de bajar al

mismo tuvimos que vadear otros arroyos con aguas heladas. La subida del otro lado se veía todavía más penosa, pero nos ayudaba pensar que posiblemente viéramos el ansiado Fiordo de Almirantazgo desde su cumbre y eso nos inspiraba con nuevas fuerzas.

Pero lo que observamos desde esta segundo cordón resultó ser muy deprimente y nos miramos desconcertados. Otro desfiladero más alto bloqueaba nuestro camino y por donde mirábamos nuestra vista se encontraba con montañas altas cubiertas con hielo y nieve. El sol había pasado el cenit y nuestras fuerzas estaban en descenso. Pero sin embargo teníamos que avanzar para evitar tener que pasar la noche a estas alturas, más que mil metros sobre el nivel del mar.

"¿Muchachos, estamos bien con el vapor?" les pregunté a mis compañeros y me contestaron con una sonrisa a pesar de que lo más probable era que no fuera así.

El indio va agitando los brazos

Al llegar abajo transpirados y cansados habíamos tenido que pasar antes por otro bajo en la montaña y recién después comenzar el tercer ascenso. Nuestras escasas fuerzas restantes estaban expuestas a una fuerte prueba y repetidamente tuvimos que parar y descansar. No era cuestión ya de un ascenso parejo si no de pasar arrastrándonos por desfiladeros y precipicios a veces resbaladizos por hielo y con peligro de caer a un abismo. Yo esperaba en cualquier momento que algún compañero se rindiera pero con valentía seguimos todos avanzando hacia la cumbre y el indio Yagan fue el primero en alcanzarla.

Gritaba algo en su lengua agitando los brazos y fácilmente adivinamos lo que significaba. Nuestras fuerzas volvieron como por encanto. Yo fui el próximo en llegar, pero no tuve tiempo de decir nada antes de que los cuatro nos encontráramos allí y ahora no se veía ningún nuevo valle o montaña sino la azulada superficie del Fiordo del Almirantazgo. Un verdadero grito de indio retumbó entre los gigantes de la montaña cubiertos de hielo y nieve, ahora que nuestra proeza había resultado exitosa y teníamos el objetivo de nuestro empeño a nuestro alcance.

Aunque aún faltaba la vuelta pasando las peligrosas cordilleras, nada estaba más lejos de nuestros pensamientos en ese momento. Todo el cansancio se había esfumado y como cabras nos lanzamos corriendo a gran velocidad cuesta abajo con el fiordo azulado como destino. En lugares muy empinados en donde no se podía caminar nos deslizábamos y no nos importó hacer algunos tumbos de vez en cuando sobre el terreno dificultoso.

El cordón terminaba en una colina baja y de allí no era lejos hasta la playa del fiordo. Llegamos allí literalmente haciendo carrera y nos tiramos al suelo contentos de haber logrado encontrar finalmente el gran fiordo.

Si hubiéramos tenido una lancha a motor hubiéramos podido hacer una salida hasta Punta Arenas y llegar en seis a ocho horas y allí visitar un restaurant para disfrutar de una buena cena. Ahora en cambio teníamos que contentarnos con las provisiones poco apetitosas que llevábamos en nuestras improvisadas mochilas.

Podíamos ver desde el lugar donde estábamos un glaciar con inmensas cantidades de hielo que brillaba al sol. Mi interés de conocer más esas maravillas de la naturaleza

superó mi fatiga y mientras mis amigos descansaban me fuí, liberado de mi carga y el rifle, en dirección al helado río.

A diferencia de lo que ocurre con muchos glaciares en Tierra del Fuego acá el ventisquero no llegaba hasta el fiordo sino que tuve que caminar medio kilómetro por una morena de ripio, piedras y grandes rocas encontrándome con varios arroyos con agua del glaciar que bajaban de la montaña. En vano examiné el fondo de estos arroyos tratando de descubrir grandes pepas áureas pero tenía poco tiempo para hacer una revisión minuciosa. No hubiera sido raro encontrarlas acá en un lugar donde nunca un hombre blanco había venido antes para buscar arenisca de oro.

Llegado al ventisquero, que se elevaba aproximadamente 50 metros delante mío y con un ancho de cerca de un kilómetro, me quedé mirando deslumbrado a esa maravilla de la naturaleza. El río de hielo estaba partido en muchas secciones, en todas las cuales el sol se reflejaba con diferentes colores, pero al ver desmoronarse y caer con gran estrépito un enorme bloque de hielo consideré que era más prudente que me retirara. Lo visto me había impresionado mucho y me hizo recordar qué seres insignificantes que éramos en semejante entorno.

Al llegar la noche y de vuelta con mis compañeros hablamos sobre el regreso. Después de una caminata agotadora y con muchas dificultades habíamos logrado pasar montañas que bloqueaban el camino entre la bahía de Pataya y el Fiordo del Almirantazgo y consideramos que lo más prudente sería no intentar buscar un nuevo camino, sino volver por donde habíamos venido contando con la capacidad del indio Yagan para guiarnos.

Un regreso imprudente

Teníamos opiniones divididas sobre si emprender el regreso inmediatamente o pasar la noche en el lugar donde nos encontrábamos. El tiempo era óptimo pero nuestro deseo era dejar atrás la cordillera y regresar a nuestra carpa cerca del nuevo lago lo antes posible, y evaluamos que quedándonos podíamos fácilmente encontrarnos en serios problemas. Suponiendo que nos tocara niebla allá arriba, o un súbito cambio de tiempo con tormenta de nieve, algo nada raro a estas alturas, nuestra situación se volvería muy arriesgada.

Nos concedimos unas horas para descansar y recuperar nuestras energías para el ascenso al primer cordón. Con los pantalones de hule en la nuca y despidiéndonos del espléndido fiordo seguimos ascendiendo más y más. Pero pronto descubrimos que no llegaríamos a la cima a la misma velocidad que la habíamos bajado deslizándonos, ese mismo día. Llegamos a la cima, cubierta de hielo y nieve que no era de manera alguna un lugar apropiado para pernoctar, cosa que por otra parte nunca había sido nuestra intención. Habíamos calculado, erróneamente, que usando todas nuestras fuerzas podríamos pasar los tres cordones cordilleranos y llegar a la otra montaña anteriormente mencionada antes que se hiciera de noche. Pero habíamos emprendido demasiado tarde la salida del Fiordo del Almirantazgo.

Al llegar al segundo cordón ya se hacía de noche y estábamos agotados. En todas direcciones a nuestro entorno en este cordón de aproximadamente 1000 metros de altura no había más que rocas peladas, nieve y hielo, y era tan ancho que no nos alcanzaban nuestras fuerzas para cruzarlo.

Tampoco teníamos leña y pasar toda una noche acá arriba con el frío y con nuestras ropas empapadas de sudor y sin un fuego no era nada conveniente, pero teníamos que asumir el riesgo por no haber otra alternativa.

Elegimos un manchón limpio entre los hielos y la nieve detrás de una roca y allí extendimos un quillango y nos sentamos en círculo con las piernas encogidas y espalda contra espalda y nos tapamos con los otros quillangos. Nadie tenía hambre pero masticamos el charqui e intentamos comer algunas galletas marineras que partimos usando una piedra.

Pronto la noche cubrió el mundo cruel en que nos encontrábamos y solamente se veía alguna estrella en el firmamento guiñándonos un ojo, no sé si por lástima o por engaño. No nos preocupaba tanto el frío como la posibilidad de un súbito cambio climático y no sé en qué hubiéramos quedado de quebrarse la racha de buen tiempo que habíamos gozado hasta entonces por una tormenta de nieve. Para matar el tiempo y olvidarnos del frío que ahora nos atormentaba nos contamos historias de diferentes aventuras y nos arrimamos todavía más uno a otro.

Al ir avanzando la noche el frío nos penetraba cada vez más y al mismo tiempo se adormecían nuestras piernas, exceptuando tal vez el indio que estaba más habituado a sentarse sobre el suelo con las piernas cruzadas. Obligados por el frío nos levantamos repetidamente durante la noche para no congelarnos improvisando una especie de danza guerrera sobre las rocas.

Fue una noche terrible y si el mecanismo que impulsa el giro de la tierra hubiera fallado o parado algunas horas posiblemente también nosotros nos hubiéramos detenido aquí "for ever". Pero Dios es misericordioso y a la llegada del día todos estábamos aún vivos. En vez de entretenernos saltando como durante la noche salimos ahora a correr hasta que el calor volviera a nuestras extremidades heladas. Nos consideramos afortunados que ninguno se enfermó después de lo vivido durante esa noche espantosa.

Nos levantó el ánimo al ver con la primera luz que nos esperaba otro día con buen tiempo y cuando los primeros rayos del sol iluminaron la cordillera infinita con altas cumbres hasta 2400 metros elevándose al cielo disfrutamos un encuadre que ningún pincel ni lápiz sería capaz de reflejar fielmente.

Después de caminar varias horas sin parar pasando sobre el cordón montañoso encontramos que caía a un profundo valle que nos separaba de la tercera y última montaña y el saber que al pasarla y llegar al otro lado nos encontraríamos con hermosas praderas de montaña nos inspiraba con fuerzas renovadas para seguir. Sólo teníamos que descender y ascender durante algunas horas más para vencer ese último cordón. Cuando finalmente llegamos a las sonrientes praderas, nos echamos sobre el suelo al sol, descansando y sintiéndonos como quien ha peleado contra poderosos enemigos, y después de encender un fuego, con recuperado buen apetito atacamos nuestros víveres acompañados por un jarro de té de yerba mate.

Teníamos que pasar aún el impenetrable bosque de hayas enanas y hacer la caminata por la selva sombría y silenciosa pero estábamos convencidos de poder pasar esos obstáculos y llegar hasta la carpa antes que se hiciera de noche. Ya teníamos

experiencia de cómo cruzar el bosque de hayas enanas. Nuestro camino por la selva ya había sido marcado sobre los troncos.

Después de descansar una hora continuamos reconfortados la marcha y con buen tiempo.

Volviendo a Ushuaya con el indio abriendo camino

En la selva nuestro indio Yagan, gracias a su habilidad de orientación, increíble para nosotros los blancos, nos guiaba y evitamos así de errar el camino y perder tiempo. No avistamos ningún guanaco ni encontramos los trozos de carne que habíamos colgado de los árboles y tampoco vimos rastro alguno de indios. Si hubiéramos tenido la suerte de un encuentro con algún guanaco su vida no hubiera corrido ningún peligro ya que el gatillo del Winchester había dejado de funcionar. Esto era desafortunado porque no había ningún taller para poderlo reparar a nuestro alcance.

Ibamos a marcha forzada sabiendo que tendríamos que descansar una vez durante la tarde antes de iniciar la última etapa. Pero pensar que pronto estaríamos de regreso al punto de partida de nuestra expedición nos llenaba de renovadas fuerzas como nunca antes, y sobre todo nos alegraba que habíamos logrado cumplir con nuestra misión.

Seguimos pisándole los talones a nuestro indio incansable que con paso felino se deslizaba suavemente por el bosque selvático y sin perderse ninguna vez nos guió al valle lateral que desembocaba en el valle principal y el lago en cuya punta norte estaba nuestra carpa. Nuestras miradas curiosas se dirigían a este lugar y pronto la avistamos, deseando que todo estuviera en orden bajo su lona blanca. De haber podido hubiéramos avisado a nuestro centinela de nuestra llegada inminente con un disparo, pero en cambio lanzamos al unísono un verdadero grito indio con la consecuencia que el centinela salió y con su vista aguda recibió a los cuatro barbudos caminantes.

Después de cinco penosos días, decididos a desafiar cualquier obstáculo, habíamos logrado cruzar a pie las montañas y morenas desde la bahía de Pataya al Fiordo de Almirantazgo, una distancia de seis millas suecas, un paso de las cordilleras que ningún hombre blanco había hecho antes.

Nuestro interesante lago después recibió el nombre "Lago Roca" por un presidente de la República Argentina. Si fuese por mí lo hubiera llamado "Lago Yagan" para recordar la tribu de indios de la costa sur de Tierra del Fuego, casi extinguida. *(Nota de Ingmar Bergstrom: Julio A. Roca fue responsable de la extinción de indios en el norte y el centro del país. En el centro de Buenos Aires todavía hay una estatua de él a caballo).*

Intentos posteriores de repetir nuestra expedición

Un italiano, Alberto M. de Agostini, describe varias expediciones posteriores a la nuestra en "Zehn Jahre in Feuerland" (Diez años en Tierra del Fuego, traducción al alemán del relato de un intento que hizo Otto Nordenskjold en febrero del año 1895, o sea tres años después de nosotros, partiendo del Fiordo de Almirantazgo y pasando las montañas llegando al Canal de Beagle). Él escribe lo siguiente:

"Nordenskjold tomó el camino subiendo por la Cordillera con la esperanza poder ver desde sus cumbres el Canal de Beagle. Junto con dos compañeros llegaron a la cima y desde allí vió un profundo valle con el río Betbeder, un afluente al lago Fagnano, serpenteando en el fondo. Allá dejó a sus compañeros, que estaban agotados, y subió solo hasta otra cumbre más alta y de allí vió otro valle tan profundo como el valle del Betbeder, pero no vió rastro alguno del Canal de Beagle. Entonces Nordenskjold emprendió la vuelta"

Recién en 1913, once años después de nuestra expedición, ese mismo Agostini hizo otro intento de forjar camino desde el Fiordo de Almirantazgo hasta el Canal de Beagle, o Ushuaya, y tuvo éxito. Pero el rumbo de Agostini fue más hacia el este que el nuestro. El grupo de Agostini también contaba con cuatro hombres pero su equipo era muy distinto y por supuesto muy superior al nuestro. Tenía dos carpas Hymper con colchonetas impermeables, conservas y alimentos, equipamiento alpino e instrumentos indispensables, ni hablar de la vestimenta, mucho más adecuada que la que habíamos tenido nosotros.

Según el relato de Agostini tardaron seis días recorrer la misma distancia que nosotros hicimos en cinco. Agostini hace solamente un comentario breve en su libro sobre nuestra expedición, que dice:

"Fueron varios los intentos por viajeros y colonos desde Ushuaya para encontrar un paso desde la bahía de la Pataya pero sin ningún éxito. Fueron forzados a volver por las dificultades insuperables que presentaban los densos bosques y los pantanos. Recién en el año 1892 lograron hacer el paso el capitán de fragata argentino Tomás Zurueta junto con Bergstrom y Waern en la misma expedición que yo he relatado acá, y después en 1922 Rockwell Kent, norteamericano y turista".

De vuelta en el campamento y Ushuaya

Después de estas breves digresiones continúo con mi relato. Quedamos un día en el campamento disfrutando de un necesario descanso. Preguntando a nuestro centinela como lo había pasado durante nuestra ausencia, nos contó que un día volviendo de un paseo vió dos indios alejarse de la carpa, al parecer un hombre y una mujer. Se apuró en llegar para ver si faltaba algo y descubrió que parte de los alimentos y su escopeta

habían desaparecido. Salió en su búsqueda pero no los encontró. No sé cuan verídica era esta historia, pero personalmente no me inspiraba mucha fe.

El retorno pasando por el lago y navegando el río hasta la bahía de la Pataya no presentó ningún suceso digno de mención. Encontramos intacto el bote más grande dejado allí por nosotros y estábamos allí la mayor parte de nuestro equipamiento, y finalmente salimos en los dos botes sobre el espléndido Canal de Beagle con rumbo a Ushuaya. Allá nos estaban esperando con ansiedad el gobernador y nuestros amigos, y fue grande su alegría al enterarse del éxito de nuestra arriesgada expedición.

Hora de dejar Tierra del Fuego

Otro medio año había pasado desde de mi llegada a Ushuaya y el mismo vapor que me había traído a Tierra del Fuego estaba por llegar en cualquier momento. Al cabo de una semana entró finalmente en la bahía de Ushuaya y atracó en el primitivo muelle. A bordo se encontraba el ya mencionado ingeniero Popper, que junto con el gobernador seguían hasta Buenos Aires.

Yo sentía que había calmado mi curiosidad sobre estas fascinantes tierras y que ya tenía bastante buenos conocimientos de Tierra del Fuego desde el norte hasta el sur, y en consecuencia convenimos que yo también regresaría con ellos a Buenos Aires, la capital de Argentina, tan diferente de Ushuaya, la capital de Tierra del Fuego.

Pero había una razón adicional por la que quería aprovechar esta oportunidad. Me había enterado que el vapor a la vuelta iba a atracar en las "Islas de los Estados" un grupo de islas separadas de la punta de Tierra del Fuego por el "Estrecho de Le Maire" de un ancho de tres millas suecas. Este estrecho es temido por todos los navegantes por sus fuertes tormentas y las tremendas corrientes que acá reinan y por los muchos naufragios. Eso se confirma por la cantidad de restos de naufragios sobre las playas cuando uno desembarca en alguna de las muchas bahías o caletas que hay en este grupo de islas. Yo deseaba conocerlas antes de partir.

Llegó el día de abandonar Ushuaya y después de haberme despedido de mis amigos en la gobernación y de mis formidables compañeros Waern y Zurueta, subí a bordo y pronto estábamos saliendo por el ancho Canal de Beagle con rumbo hacia el este por otras diez millas suecas.

El tiempo era favorable y nuevamente se desplegaba un espléndido escenario con las maravillosas vistas que ya relaté al describir el viaje de Punta Arenas a Ushuaya.

Salidos del Canal de Beagle continuamos por la costa de Tierra del Fuego pasando el cabo "San Pío" y acá, donde las aguas del Pacífico se encuentran con las del Atlántico, empezamos tener una fuerte marejada a medida que nos acercábamos por el estrecho de Le Maire a Las Islas de los Estados, que se veían surgir del mar hasta una altura de 700 metros.

En Puerto Cook

Entramos a un pequeño puerto sobre la costa norte de la isla llamado "Puerto Cook" por un estrecho terrorífico bordeado de acantilados de roca continuamente golpeados por el fuerte oleaje.

Este era el mejor puerto en estas islas y una vez entrados a la pequeña bahía bajamos el ancla a unos cientos de metros de la playa. Era un cambio agradable poder estar en este puerto tan calmo y escuchar el estruendo de las olas abatiéndose contra las rocas allá afuera.

Pronto supe la razón por la cual el vapor había entrado, al ver que bajaron del buque un lanchón con fondo plano y la llevaron remando hasta la costa. Necesitaban cargarlo con el ripio que cubría la playa para después ser usado como lastre en el vapor, y para ese fin esas piedritas servían bien.

También bajaron un bote salvavidas en el que desembarcamos el Gobernador, Poppers y yo. Mientras estábamos en la playa charlando y mirando los alrededores llegaron volando algunos gansos. Dos de ellos, uno blanco y otro gris, bajaron y se quedaron sobre la playa a 200 metros de nosotros. Yo había traído el rifle y lo cargué inmediatamente con la intención de dispararles, pero a Poppers le parecía que no valía la pena malgastar municiones en algo tan pequeño y tan lejos. Igualmente apunté y tiré y el ganso gris levantó vuelo pero el blanco quedó sentado. Poppers, al ver inmóvil al ganso blanco opinó riendo que mejor sería ahorrar mis municiones porque los gansos no temían a los tiros. En vez de recargar dejé a los señores y fui caminando hasta el ganso blanco. No levantó vuelo cuando llegué porque la bala le había partido la cabeza en dos. Volviendo yo con el ganso no se rieron más y Poppers dijo: "Ciertamente conocía la gran calidad de la madera, el hierro y el acero suecos, mundialmente reconocidos, pero ignoraba que los suecos eran tan excelentes tiradores".

Al buscar el ganso había visto no pocos restos de naufragios que despertaron mi curiosidad. Dejé a mis compañeros y me alejé caminando sobre la playa. Aquí y allá sobre la arena iban apareciendo cajones de madera y tambores vacíos. Sólo Dios sabe cuándo habría sido la última vez que hubiera caminado alguna persona sobre esta playa y se me ocurrió investigar algo más de cerca algunos restos. Pronto encontré un cajón semicubierto por la arena y al darle una patada me intrigó el sonido. Lo desenterré y encontré que ni estaba lleno de arena ni tampoco estaba vacío. Logré soltar una madera de la tapa y grande fue mi sorpresa al ver que contenía botellas todavía en sus estuches de paja.

Agité mi sombrero e hice señas en dirección al vapor y no tardaron mucho en ver mis señales y bajaron otro bote. Mientras esperaba cacé un pato que pasó cerca a mi alcance.

Tanto el pato como el cajón fueron llevados a bordo y nos encontramos con una docena de botellas, sanas y salvas, conteniendo un oporto excelente. Era imposible saber cuántos años estuvo este vino almacenado en este pequeño puerto, pero después de haberlo repartido, mitad al capitán y la restante entre los demás, probándolo esa misma noche en una velada sumamente animada, estuvimos todos de acuerdo que era excelente.

Pasamos la noche en nuestro puerto seguro y como al día siguiente continuaron cargando ripio durante medio día más tuve tiempo de desembarcar nuevamente e investigar la isla.

Fui subiendo y pronto me encontré con un bosque de las mismas hayas enanas de las que ya hablé antes, tan tupido y entrelazado como el anterior, pero ahora que ya tenía experiencia de cómo enfrentar el obstáculo y siendo una franja angosta lo pasé rápido. Seguí subiendo por un bosque más abierto y pronto avisté a través de los árboles la

superficie quieta de un lago con agua dulce. En el medio del lago estaba nadando una pata con muchos patitos y todo tenía un aspecto de paz y tranquilidad. Me repugnaba la idea de disparar en ese pacífico entorno.

Seguí entonces caminando, pasando por matorrales y bajando pendientes hasta la costa sur de la isla y allí me senté sobre la playa observando cómo la marea movía las algas marinas entre las rocas. ¿No era algo extraño estar acá sentado mientras las olas del Pacífico llegaban a la playa, sabiendo que al mismo tiempo en el otro extremo de la isla a pocos kilómetros llegaban allí las olas del Atlántico? Hubiera querido quedarme acá contemplando las muchas maravillas de la creación pero tendría que volver para no ser abandonado como Robinson Crusoe en este pequeño punto de tierra en el océano. Llegué a nuestro puerto justo a tiempo y con el último lanchón subí a bordo, donde ya todo estaba preparado para seguir el viaje hacia el norte.

Adiós al Cabo del Espíritu Santo, hasta la vista Cabo Vírgenes y bienvenido Buenos Aires

Pasamos las próximas semanas como suelen pasarse en los largos viajes en el mar. El pequeño vapor de Motala se trasladaba trabajosamente pero seguro contra las olas.

Tengo que confesar que fue con cierta tristeza que vi desaparecer en el horizonte a la costa del Tierra del Fuego, y al Estrecho de Magallanes con el Cabo de Espíritu Santo en el sur y Cabo Vírgenes. Ya entrada la noche llegamos a la gran bahía de "San Jorge" sobre la costa de la Patagonia, y esa noche casi no pude dormir. Esto no fue a causa de dolor de muelas, mareos o otros malestares. Las personas que han hecho viajes largos en el mar seguramente han tenido alguna vez delfines acompañando al barco y no creo que haya algo más encantador que ver saltar a esos grandes peces alrededor del barco (*Nota de Inngmar: Una de las pocas veces que se equivoca Edvard. Los delfines son mamíferos*).

Durante esa noche parecía que todos los dioses de las profundidades del mar habían preparado fuegos artificiales, porque hasta donde llegaba la vista se veía un resplandor que parecía el chisporroteo de millares de luciérnagas.

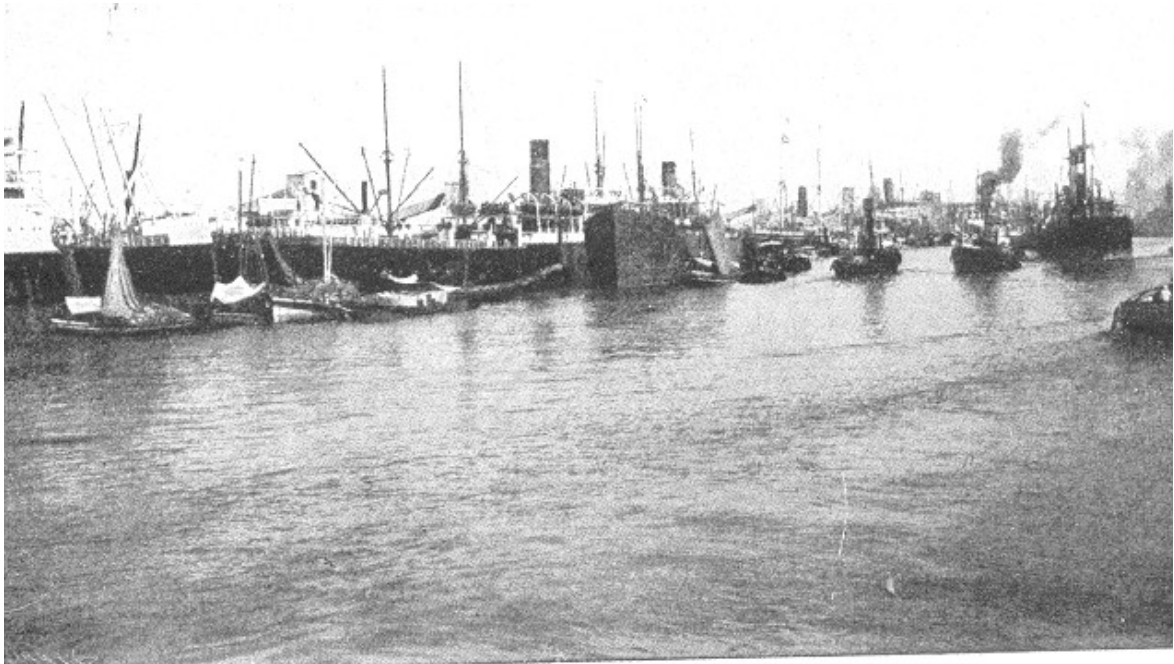
Una gran cantidad de delfines rodeaban nuestro barco y en el agua transparente y fuertemente fosforescente observábamos cómo los animales se divertían acompañando a nuestro vaporcito, que se desplazaba en marcha tan lenta como la de nuestros provincianos vecinos (en Varmland es habitual hacer comentarios poco halagadores sobre la gente oriunda de la vecina Dalarna), lo cual resultaba raro considerando la gran velocidad que demuestran en sus movimientos y que son capaces de desarrollar. Cada uno se veía tan nítido como si estuviera nadando en un acuario. Yo me preguntaba asombrado cómo hacían para desarrollar esa velocidad formidable en sus movimientos.

Se veía cómo los delfines se desplazaban para arriba y para abajo pero sin poder distinguir movimiento de ningún músculo. Sólo al observarlos con más cuidado era posible ver los aleteos de su gran cola. Yo no me cansaba observar su alegre jugueteo y el resplandor maravilloso del mar. Pero al llegar la madrugada con los rayos del sol que se desplegaron en abanico hacia el cielo el hechizo se esfumó.

Aquí cierro mi breve relato. Poco después, una mañana nuestro barco entró La Boca, en el puerto de Buenos Aires. Envuelto en el ruido y el movimiento de la ciudad, el año que había pasado en Tierra del Fuego, tan intensamente vivido, me parecía un cuento.

Edvard Bergström

Trosa (Suecia) 1933



El puerto de Buenos Aires a comienzos de la década de 1920. Edvard sintió enormemente el contraste al volver al ruidoso Puerto de la Boca después de la belleza y desolación de Tierra del Fuego tan apacible. La foto es de una enciclopedia del año 1927.

Apéndice de Ingmar Bergstrom: Siguiendo los pasos de Don Eduardo

¿Porqué decidí hacer esta nueva visita a la Argentina en esta oportunidad? (2006)

Fueron varias las razones que me motivaron a hacer este viaje a Tierra del Fuego, Patagonia, Bariloche y Buenos Aires. El impulso original surgió a partir de la celebración del aniversario de los 50 años del Instituto Balseiro en Bariloche. La revista Ciencia Hoy dedicó un número especial conmemorativo en adhesión a las celebraciones y a mí se me solicitó que escribiera un artículo sobre la Escuela de Verano en Física Nuclear que organicé y dirigí durante dos meses en el verano de 1959. Me invadió un sentimiento de nostalgia por ver otra vez el lugar donde había pasado uno de los períodos más fascinantes de mi vida académica. Otro factor fue que tengo parientes en la Patagonia. Mi padre dejó Suecia en la primavera de 1926, cuando yo tenía cuatro años y medio, para viajar a la Argentina, donde después formó una segunda familia al casarse con una mujer alemana de origen, con la cual tuvo 5 hijos. Cuatro de ellos viven aún.

Yo ya había tenido oportunidad de encontrarme con mi hermano Ignacio y su esposa Violeta en 2004, en la Argentina y en Suecia, y ahora deseaba realizar con ellos como guías un viaje a Tierra del Fuego, redescubriendo junto a ellos los sitios que Don Eduardo describió en sus encantadoras memorias en las que relató sus aventuras entre 1891 y 1892 como asistente del primer gobernador de ese remoto rincón de Argentina.

Edvard Bergström, cual era su nombre en Suecia, llegó a la Argentina alrededor de 1880. Trabajó un tiempo en Córdoba como ingeniero asociado a los ferrocarriles, en el mantenimiento de las locomotoras, y después viajó por el oeste de Argentina, en Catamarca. Evidentemente era un alma inquieta por conocer distintas regiones de este continente tan poco explorado. Estuvo un tiempo en Buenos Aires, y en un paseo por los muelles del barrio de la Boca descubrió un pequeño vapor que resultó haber sido construido en los talleres de Motala en Suecia. De la conversación de unos marineros escuchó el nombre Tierra del Fuego, una región prácticamente incógnita y que Edvard hacía tiempo ansiaba conocer. Consiguió una entrevista con el gobernador, y le presentó sus credenciales de ingeniero, ofreciéndose para trabajar en la construcción del primer destacamento policial, cerca de la Bahía de San Sebastián, así como para la elaboración de los planos para la ciudad de Ushuaia, capital del territorio de Tierra del Fuego, la ciudad más austral del mundo. El relato del propio Edvard de estas aventuras de los años 1891 y 1892 las encontré en un manuscrito apenas legible ordenando viejos documentos familiares.

Con gran esfuerzo pude descifrar este documento, y conseguí pasar a mi computadora un primer borrador de su relato de este desconocido y fascinante episodio de la historia argentina. El paso siguiente era conocer personalmente los lugares que Don Eduardo (el nombre que Edvard eligió para sí mismo en Argentina) describió tan admirablemente en su manuscrito.

Museo Temático
Thematic Museum

Nao Victoria

La aventura más audaz de la humanidad
The most audacious adventure of mankind



Puerto San Julián

Santa Cruz - Patagonia - República Argentina

Una réplica exacta de las naves usadas por Magallanes en la bahía de San Julián, con figuras humanas y animales en tamaño natural, habilitada como museo. No era una nave VASA. Parece increíble que tales embarcaciones pudieran cruzar el océano, con sus cubiertas y mástiles tan altos, sin desestabilizarse.



El nombre de Tierra del Fuego no tiene nada que ver con volcanes, aunque al sur de Río Gallegos hay vestigios de erupciones prehistóricas. A la derecha, algunos antiguos volcanes se destacan en el paisaje llano. A la izquierda se ve un cráter con un lago, evidentes resabios de una violenta explosión prehistórica.



Esperando el ferry en la ribera norte del Estrecho de Magallanes. A la derecha nuestro ferry. A la izquierda mi hermano Ignacio decidiendo que un viaje a la Antártida supera nuestra capacidad económica.

Mi hermana Gunvor y yo fuimos recibidos por nuestro hermano Ignacio en el aeropuerto de Río Gallegos, una ciudad con más de 100 000 habitantes. Como no podía ser de otra manera, había organizado un asado argentino con varios amigos.

Después de un día de descanso, viajamos a Río Grande cruzando el Estrecho de Magallanes en su parte más angosta con un ferry, lo que nos llevó unos 20 minutos. Al poner pie en Tierra del Fuego me invadió una sensación de profundo respeto, sintiendo que la historia de mi familia estaba enraizada en ella.

El nombre Tierra del Fuego confunde a los europeos, quienes a veces tienden erróneamente a asociarlo con volcanes activos. El verdadero origen del nombre está vinculado a las fogatas de los indígenas que la habitaban, vislumbradas desde lejos por los navegantes.

Al sur de Río Gallegos, del lado argentino, impresionan antiguas formaciones volcánicas de color negruzco, y hasta un profundo cráter en una zona relativamente

nos hizo evidente que ése tenía que ser el lugar de desembarco de los pioneros. El destacamento policial habría de construirse algunos kilómetros tierra adentro. En el mapa se ve el límite entre Argentina y Chile, una línea divisoria perfectamente recta que atraviesa la isla de norte a sur.



Mapa de la parte sur de Tierra del Fuego.

Un desvío hacia Punta Arenas

Finalizada la construcción del destacamento policial el gobernador y sus escasos acompañantes se trasladaron a Ushuaia vía Punta Arenas. En nuestro regreso a Río Gallegos visitamos esta ciudad, que hasta 1910 fue una especie de metrópolis de paso obligado para la navegación entre los océanos Atlántico y Pacífico. En 1910, con la apertura del Canal de Panamá, podría haberse esperado una gradual declinación de la ciudad hasta su desaparición. Pero hoy es una ciudad moderna, de aproximadamente 150 000 habitantes, dedicada entre otras actividades a la exportación de carnes y productos de mar. Punta Arenas hoy es además un destino atractivo para los argentinos en esta zona de la Patagonia, gracias a sus centros comerciales y franquicias aduaneras que redundan en bajos precios.

Algo que siempre me sorprendió en Patagonia y Tierra del Fuego fueron los cambios tan abruptos tanto en el paisaje como en el clima. Desde Río Gallegos se atraviesa una estepa (a mis amigos argentinos les disgustó cuando la llamé desierto). Las montañas desvían las lluvias y a menudo hay un total cambio de paisaje en el transcurso de unos pocos kilómetros. Así, Punta Arenas es una ciudad verde poblada de imponentes

árboles. En ella, Don Eduardo compró arenisca de oro y algunos enseres fabricados por los indios. Previamente, casi había sucumbido a un ataque de indios Onas en su expedición en busca de clavos para la construcción del destacamento policial. Pero hoy casi no quedan indígenas; en un periódico vi un reportaje a una de las últimas indias sobrevivientes.



La estatua en el centro de Punta Arenas: Magallanes el descubridor, y el Indio, el sojuzgado.

Camino a Ushuaia

Don Eduardo y el gobernador permanecieron un corto tiempo en Punta Arenas, y después siguieron por barco hacia Ushuaia, un viaje de 600 km a lo largo de estrechos canales naturales, el último de los cuales es el Canal de Beagle. La futura capital del territorio argentino de Tierra del Fuego tenía entonces apenas unos cien habitantes; Don Eduardo fue quien trazó los planos para la futura ciudad, que hoy ya ha superado los sesenta mil.

Además de ese trabajo, Don Eduardo consiguió convencer al gobernador de que lo secundara en un aventurado proyecto de su autoría: una exploración por tierras absolutamente vírgenes, desde Ushuaia hacia el noroeste, tratando de cruzar las montañas para llegar hasta el Fiordo del Almirantazgo, frente a Punta Arenas sobre la margen sur del Estrecho de Magallanes. Desde allí cruzando el Estrecho la distancia

hasta Punta Arenas se reducía a la mitad del trayecto marítimo: unos 300 km en vez de 600. Junto a tres compañeros y con un indio Yagan como guía, consiguieron realizar su objetivo en esta región totalmente virgen y desconocida para todos ellos a pesar de contar con un equipamiento mínimo.



Se hacía difícil ver las cumbres más altas de los Andes al aproximarse a Ushuaia por la presencia de una montaña casi vertical. Es fácil imaginarse las dificultades que Don Eduardo y sus compañeros debieron afrontar en su búsqueda de una ruta más corta a Punta Arenas.

Yo quería conocer la moderna Ushuaia de hoy, punto de partida para muchas expediciones antárticas. Nuevamente encontré el abrupto pasaje de estepa a bosques verdes y tupidos en pocos kilómetros. La ciudad con sus casas desparramadas aquí y

allá parece haber escapado al prolijo trazado de Don Eduardo quien si la ve desde su lugar celestial no debe sentirse muy feliz.

En el puerto de Ushuaia había un gigantesco crucero de los que regularmente llevan turistas a la Antártida (7000 dólares U.S por dos semanas, aunque no me quedó claro si era por una o dos personas).



¿Qué tal un crucero desde Ushuaia a la Antártida?

Un camino arenoso nos llevaba hacia el oeste, hacia “el fin del mundo” en un nuevo parque nacional. De repente le pedí a Ignacio que se detuviera. Había un río y un lago, que súbitamente reconocí por el testimonio escrito de Don Eduardo. Me invadió un extraño sentimiento de supersticiosa convicción, y miré el mapa.



Aquí fue donde paramos con mi hermano Ignacio. Reconocí el lugar al recordar la descripción de Don Eduardo del trayecto de su grupo desde el Canal de Beagle, entrando en la Bahía La Pataya y remontando luego un río hasta el lago que ahora se extendía delante nuestro.

Don Eduardo había partido de la Bahía de La Pataya, y remontando un río había llegado hasta este mismo lago. Era como encontrarme con Don Eduardo y escucharlo más de 70 años después de su muerte.

¡Más que extraño! Mi formación positivista de físico rechaza la creencia en la comunicación telepática. Pero de haber sido religioso probablemente afirmaría haber tenido una experiencia sobrenatural, como si Dios me hubiera hablado.

Es hora de poner fin a mis esfuerzos de rehacer los pasos de uno de los hermanos de mi abuelo. Siento un profundo orgullo al recordarlo, no solo por nuestros lazos de familia, sino por que es Don Eduardo, uno de los primeros pioneros de Tierra del Fuego.

Iäby, Suecia, Octubre 3 de 2007

Ingmar Bergström